

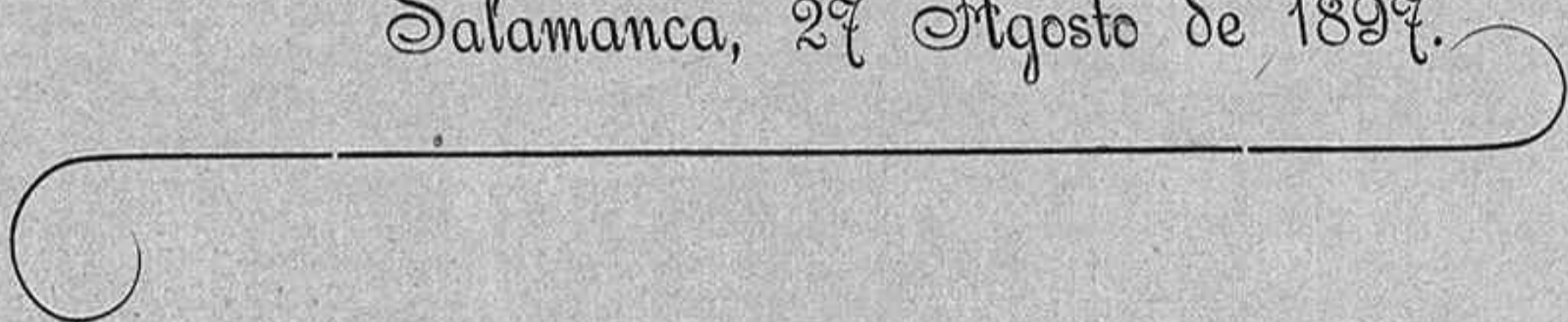
EL LÁBARO



Número extraordinario

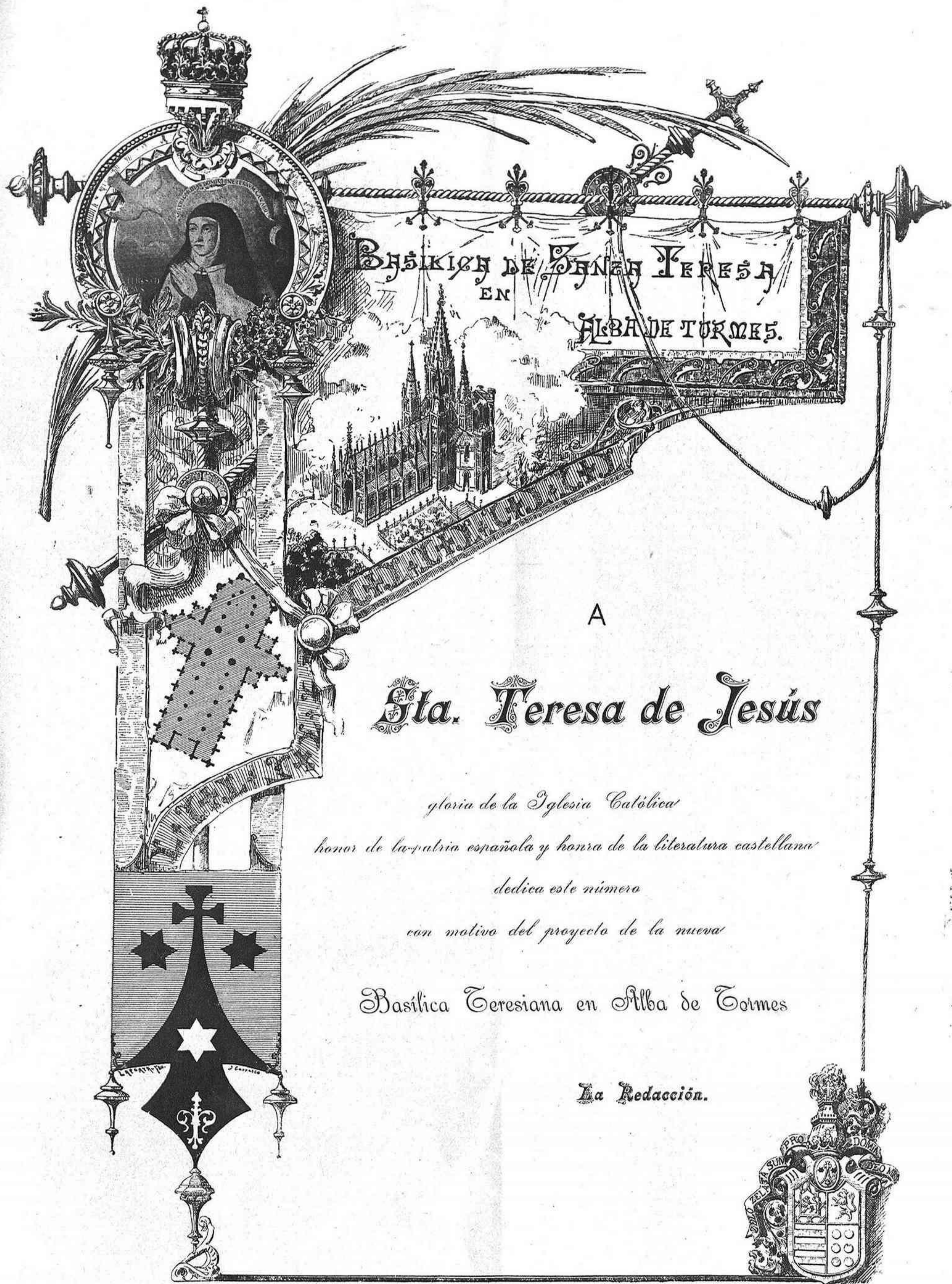


Salamanca, 27 Agosto de 1897.



SALAMANCA
IMPRESA DE CALATRAVA
á cargo de L. Rodriguez

1897



BASILICA DE SANTA TERESA
EN
ALBA DE TORMES.

A

Santa Teresa de Jesús

gloria de la Iglesia Católica

honor de la patria española y honra de la literatura castellana

dedica este número

con motivo del proyecto de la nueva

Basilica Teresiana en Alba de Tormes

La Redacción.

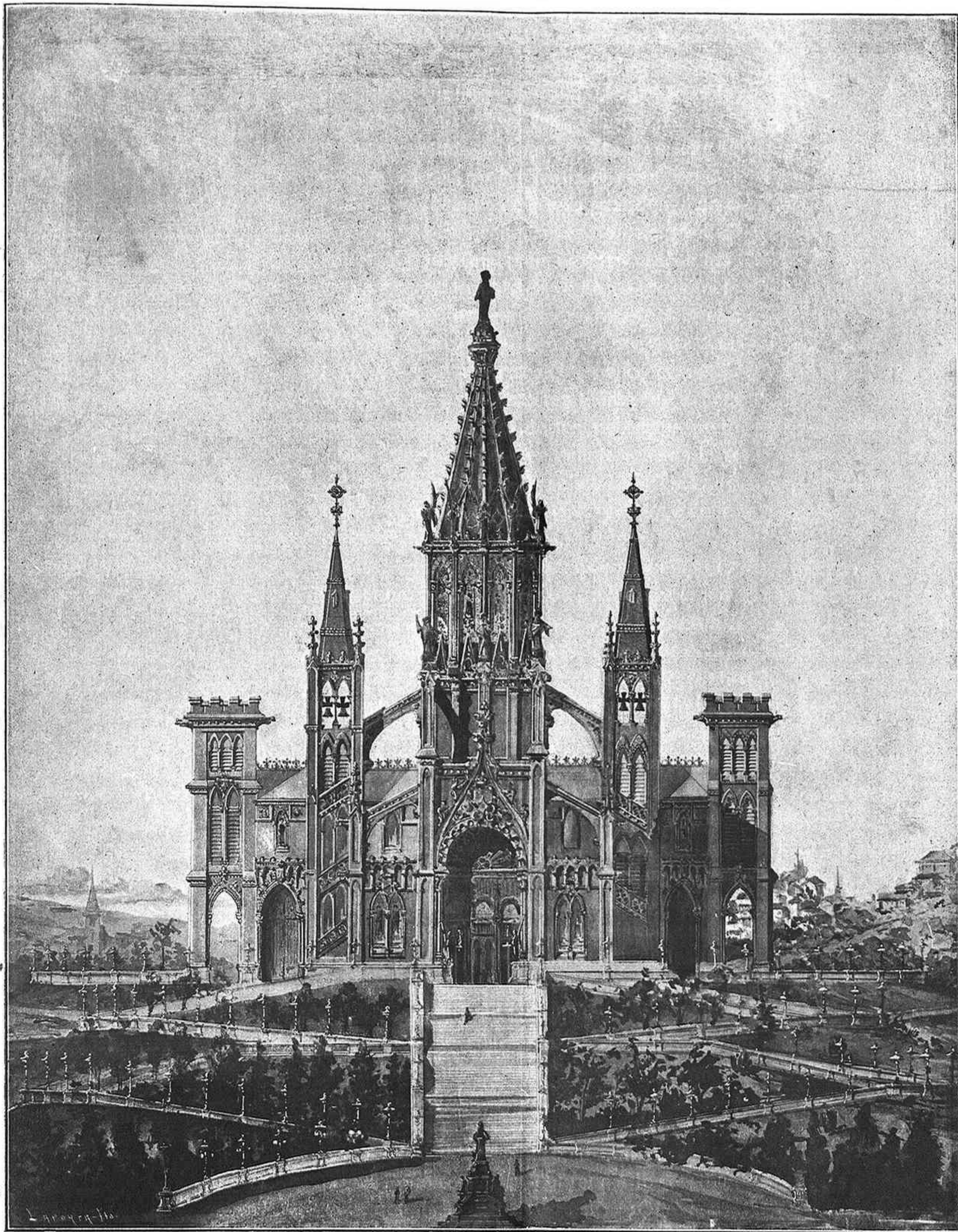


EL LABARO

27 DE AGOSTO

NÚMERO EXTRAORDINARIO

AÑO DE 1897



BASÍLICA DE SANTA TERESA DE JESÚS.—VISTA DE LA FACHADA PRINCIPAL.

(Proyecto del Arquitecto D. E. M. Repullés y Vargas)

LA BASÍLICA DE SANTA TERESA EN ALBA DE TORMES



ERMOSO y consolador es, en verdad, que al finalizar el siglo XIX, de maravillosos descubrimientos y de grandes desastres, vea España elevar en su suelo un templo en honor de una de las más admirables santas del mundo, gloria de nuestra Patria, y cuya vida fue consagrada á reformar la sociedad, representada en la orden del Carmelo, devolviéndola á su pristina pureza y dirigiéndola con mano firme por el verdadero derrotero; que no otra es la enseñanza que nos da Santa Teresa en sus obras y en sus actos.

Bien necesitado de *reforma* está al presente el mundo; y comprendiéndolo así el sabio Prelado de Salamanca, tremola valientemente el estandarte de la Fe y llama á los fieles para que coadyuven á ensalzar la memoria de la gran Santa, volviendo á ella los ojos y aprovechando sus ejemplos y doctrinas.

Un templo á Santa Teresa de Jesús es hoy, además de un homenaje que la debemos, una súplica á su poderosa intercesión.

¿Y dónde erigirlo? Avila, su cuna, y Alba de Tormes, su sepulcro, tienen indiscutibles derechos á honor tan alto; pero, si la primera es su patria nativa y llena está de sus recuerdos, la segunda posee sus preciosos restos y entre ellos su gran Corazón, aquel Corazón residencia del acendrado amor á Cristo, móvil de todos sus afectos. Aquí murió y aquí dió á entender que deseaba ser enterada, cuando, moribunda y preguntada por el P. Fr. Antonio, si quería que se la llevase á Avila ó si era su voluntad quedase su cuerpo en Alba, respondió humildemente: "¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?" (1)

Y si á esto se agrega que el templo, custodia hoy del santo cuerpo, á más de modestísimo, es incapaz de contener un mediano número de personas, parece que Alba de Tormes tiene mayor derecho á que en su recinto se levante el nuevo.

Honor inmerecido me ha dispensado el Excelentísimo Sr. Obispo de Salamanca, al encargarme el proyecto de la Basílica, por ser semejante edificio el asunto más elevado en que un arquitecto puede ocuparse; y cúmpleme expresar aquí mi

(1) *Vida de Santa Teresa*, por el R. P. Fr. Gregorio de Santa Salomé.

agradecimiento y la promesa de que, con ayuda de Dios, procuraré cumplir mi cometido, dedicando á ello toda mi voluntad, como ya lo estoy haciendo.

Y defiriendo ahora al cortés ruego del ilustrado Director de EL LÁBARO, trataré de dar, en breves palabras, una idea, aunque ligera, del proyecto del edificio.

La topografía de la villa, situada en una ladera de fuerte pendiente que, desde el convento de Religiosas Carmelitas donde se hallan los restos de la Santa, hasta el río, produce un desnivel de más de veinte metros; la necesidad de unir y relacionar la nueva construcción á la antigua, respetando ésta, sin demoler ni la iglesia ni el convento, que tantos recuerdos de la Santa contienen, y la aglomeración de viviendas en los alrededores de aquél, eran otras tantas dificultades para disponer una buena implantación al edificio; dificultades que creemos ya vencidas con ayuda del Municipio; pues, penetrado éste de lo que para Alba significa la erección del templo y entusiasmado con la idea de tributar á su Santa este homenaje, con laudable celo y gran actividad ha realizado un empréstito para la demolición de las casas necesarias á dejar el solar suficiente á la edificación.

Próxima á la iglesia del convento, sin tocar á éste y tomando sólo una pequeña parte de la huerta, se dispone la Basílica hacia el río, hasta cuyo puente se dará acceso por una combinación de rampas y escalinatas. De esta manera veráse el edificio desde lejos y se presentará de frente á la entrada principal de la población.

Su planta constará de tres naves, la central de nueve metros de luz y de cuatro y medio las laterales, con su crucero del ancho de la nave central y su ábside con girola; siendo la longitud total de unos setenta metros, la altura de la nave central de veintidós y de once la de las laterales.

Sobre el crucero se elevará un cimborrio de gran altura, flanqueado por cuatro torres para las campanas, y otras dos en los brazos del crucero. Un amplio pórtico precederá á la entrada principal y, por el ábside, el nuevo templo se comunicará con el antiguo.

El cuerpo de la Santa habrá de colocarse en el ábside, y de manera tal que pueda verse y tocar la urna desde la clausura y también por los peregrinos fuera de ella. Al efecto, se piensa en dispo-

nerle á la altura del *triforium* ó sea la tribuna que corre sobre las bóvedas laterales y de la girola, á la cual se subirá por amplias escaleras desde el templo.

El estilo arquitectónico que había de darse al edificio era otro problema á resolver. El de la época en que vivió la Santa lo fué de transición, sin caracteres determinados, con la tendencia á los griego y romano, que más tarde *renacieron* en fusión á nueva vida; y teniendo en cuenta que la eximia Doctora nació cuando aún se levantaban en España Catedrales ojivales tan notables como las de Salamanca y Segovia; que, bajo las bóvedas ojivales, germinaron sus ideas é inflamóse su corazón en el amor divino; y que su primer sepulcro cobijado fué por gótica techumbre, nada violento es, sino, por el contrario, conforme con la historia la adopción de un estilo, reputado hoy como eminentemente religioso.

Y lo es efectivamente, por el predominio sobre las horizontales de las líneas verticales que suben hacia el cielo, señalando el camino á nuestros pensamientos; lo es por su razonada y sencilla ordenación, inspiradora de ideas elevadas y tranquilas; lo es por lo misterioso de sus luces y perspectivas, que recogen el alma é invitan á la meditación. Las elevadas torres con apuntadas agujas y caladas cresterías que parecen entretejerse con el cielo y aspirar á penetrar en él; la delicadeza de sus ornatos, el misticismo de sus líneas y, sobre todo, el simbolismo de sus formas y detalles justifican aquel dictado y casi obligan á su adopción para los edificios religiosos.

He hablado del simbolismo y mucho acerca de

él pudiera decir; mas lo omito hoy por no alargar este artículo, sin renunciar á hacerlo en otra ocasión.

Algo, sin embargo, debo indicar como explicación del anteproyecto, cuyos fotograbados se estampan en este número. Tratándose del sepulcro de la gran Santa, el edificio debe presentar forma de tumba con su cubierta peraltada á dos vertientes

que simbolizan la subida y bajada de la vida humana y su aspiración al cielo, con su grande y elevado cimborrio en el cruce-ro como corona de gloria, con sus torres almenadas en el ábside como defensa de tan preciadas reliquias y en recuerdo también de uno de los libros más admirables de la Santa, el de *Las Moradas ó Castillo interior*, en que considera á nuestra alma "como un castillo, en donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas,..."

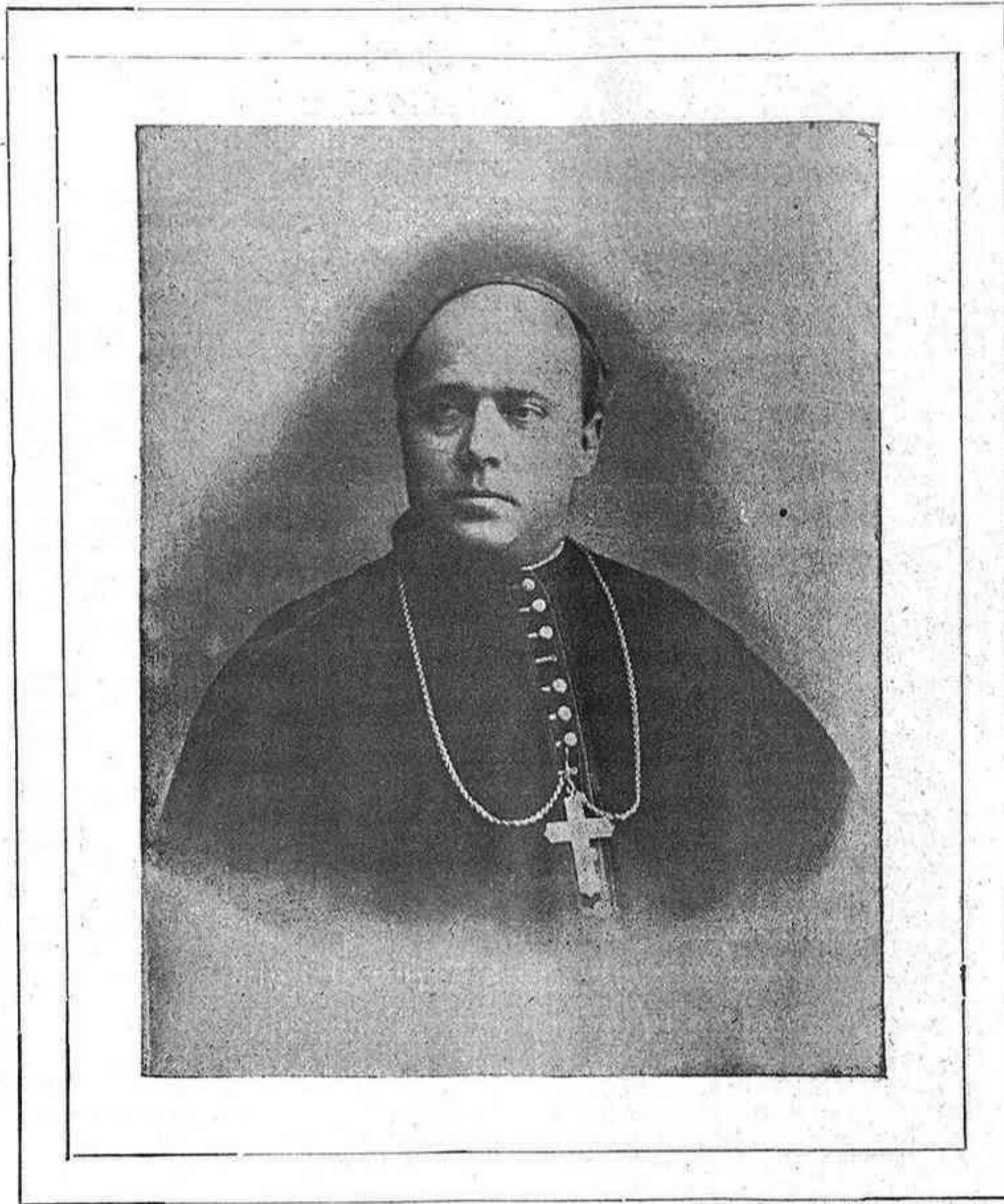
Tales son, en ligero y desaliñado bosquejo, las ideas

que han influído en la concepción del proyecto de Basílica á Santa Teresa de Jesús, ideas discutidas y aprobadas por el Sr. Obispo, quien, con la elocuencia que le caracteriza, las expuso á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en sesión memorable, por haber sido honrada con su asistencia, donde obtuvieron el asentimiento de aquella Corporación.

La mano ya está puesta en el arado; no hay que volver atrás: ¡adelante! que Dios y Teresa llevarán la obra á feliz término.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.

Madrid, 30 Julio, 1897.



EL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE SALAMANCA

EL ARTE CRISTIANO

v

SANTA TERESA DE JESÚS



SANTA TERESA DE JESÚS

(Cuadro del pintor catalán Sr. Estruch).



O es posible poner en duda la alianza fecunda de la Iglesia Católica y del arte.

Conocedora muy sabia de los sentimientos del corazón humano, la Iglesia ha ejercido influencia saludable sobre el hombre, no sólo al encaminar las inteligencias á la verdad y las voluntades al amor del bien, si que también elevando los espíritus hacia el reino de la belleza purísima, encanto de almas grandes y de corazones nobles. Sus enseñanzas no han podido aliarse jamás con las tendencias exclusivas de las escuelas que apartan al hombre de lo real ó espiritual. Al realismo; que se ha concretado á la expresión de la naturaleza, tal como se presenta á nuestros sentidos y al espiritualismo que, encastillándose en sus vagas y abstractas teorías de lo bello, consecuencia necesaria de las doctrinas metafísicas que abraza, no tiene en cuenta apenas la realidad del mundo sensible, ha salido la Iglesia al encuentro para señalar al arte el camino que debe seguir en la consecución de su fin propio.

Ella, en el orden científico, fundándose en la profunda teoría antropológica de la unión personal y esencial del hombre, y de la mútua influencia de los elementos empírico y racional, en las operaciones humanas, ha conseguido confirmar lo razonable de su método científico; lo propio que en el artístico, apoderándose de los espíritus y de la sensibilidad de los hombres, ha enseñado á la humanidad á buscar en lo real de la naturaleza los vestigios de la Belleza suprema, y encadenado al hombre sensitivo con el espiritual, dejando ver en las obras maestras del arte cristiano la belleza creada de Dios, centro común de toda verdad, de todo bien y de toda belleza. Así ha conseguido que no se apreciaran fuera de lo debido las mitologías paganas que, como sueños sin realidad, carecen del fundamento de toda belleza, que es la verdad; no menos que sostenido contra las impiedades de los iconoclastas y exageraciones de los protestantes, que para elevarse á las regiones de lo más puro, donde nuestro espíritu respira con desahogo como rodeado de su propio ambiente, esto es, al

reino de lo bello intelectual y de lo bello moral, es necesario no renunciar del todo á lo sensible y real, si o admitir la encarnación en la materia de la belleza que brilla en el espíritu. ¿Qué nos revelan esas grandes obras del arte cristiano en que se ven los reflejos del bello ideal que tiene su cuna en el cielo, sino otros tantos hechos en que se ve realizado el poder admirable de nuestra sacrosanta religión para elevar á las almas hasta lo infinito? Nuestras catedrales góticas son las creaciones fecundas que llevan impresa la imagen de la verdadera belleza, á la que ni Roma con todas sus grandezas, ni Gre-

cia con sus glorias filosóficas y artísticas, pudieron jamás llegar.

¿Y qué diremos de esa belleza inmortal que, á través de la materia, se descubre en el rostro, en el cuerpo y en la vida toda de esos héroes del cristianismo que asombraron al mundo con sus virtudes y con su vida, en un todo conforme con la de Jesucristo, fuente de toda santidad y de toda belleza? Contemplemos esa alma grande y generosa llena de amor de Jesucristo, que supo tan á maravilla grabar en su vida, cual otro San Pablo, la vida del Crucificado, el sacrificio y la abnegación, el desprecio y el padecimiento, la humildad y la pureza angelical, virtudes todas, efectos de su caridad ardiente para con Dios y para con el prójimo; arrebatada en éxtasis y visiones sublimes que alcanzó á contemplar la belleza del rostro de Jesucristo, y en las ascensiones misteriosas de su espíritu penetrar los arcanos de la sabiduría divina. ¿Quién no ve en Teresa de Jesús pensamientos elevados y sentimientos que revelan lo grande de su corazón, que raya en lo sublime, como imagen perfecta de la belleza moral que resplandece con todo su esplendor en Jesucristo? Su vida fué el desprecio de los placeres y de riquezas, sus modales el reflejo de la abstracción de su alma, su frente y su mirar revelaban la pureza de su espíritu; ella pudo sostener empresas colosales, convertir á la fe de Jesucristo innumerables almas y levantar tras sí multitud de admiradores entusiastas de sus virtudes. ¿No se ofrece, por ventura, esa virgen admirable como modelo acabado de santidad cristiana y belleza moral, que sólo la Iglesia de Cristo es capaz de presentar al mundo? Sin duda que Teresa de Jesús se ofrece al mundo santo, sabio y artístico como imagen acabada de santidad, sabiduría y belleza.

Levántense, pues, enhorabuena á Teresa de Jesús monumentos que proclamen su incomparable grandeza; eríjense templos á su santidad; vengán en torno suyo los prelados y príncipes de la Iglesia á rendirla homenaje; vengán los sabios á aprender sus sabias enseñanzas; vengán los santos á imitar sus virtudes; vengán los artistas á contemplar sus bellezas; y el arte á su vez, postrado ante su belleza incomparable, diga: *yo te saludo, modelo de belleza divina.*

FR. VENANCIO DE JESÚS MARÍA
CARMELITA DESCALZO.

Avila, Julio, 1897.

.....QUE MUERO PORQUE NO MUERO



VIENEN para mí un encanto tan especialísimo las obras de la egregia castellana, asombro del mundo y pasmo de las naciones; las hallo tan saturadas de un algo que se apodera de mi alma, primero con una dulce placidez que me esclaviza suavemente, y después con un arrebatado ardor que me domina con fuerza irresistible, que, en realidad, no acierto á escoger lo mejor de aquéllas, porque creo que no es posible: en las obras del máspreciado galardón de Castilla, todo es mejor.

Cada frase es un tesoro; cada pensamiento vale un mundo: y sin embargo, la frase "que muero porque no muero", se ha grabado en mí con tanta insistencia, y es tal el contento que me produce, que, cuanto más la considero y medito, más bellezas descubro en ella y más profundas lecciones morales acierto á ver en ella compendiadas.

¿Que muero porque no muero! ¿Hay nada más hermoso, ni más sencillamente conmovedor? En esta dulcísima y arrogante frase de la incomparable Teresa de Jesús, parece que se adivina á su corazón seráfico latiendo á impulsos de un delicadísimo amor extraordinario, de un deseo fervientísimo por gozar sin límites y sin estorbo de las delicias de su Amado, y esto le hace prorumpir en exclamación tan original como sublime.

¿Que muero porque no muero! Ciertamente. Porque la muerte de quien se entrega todo al Amor de los amores, no es muerte, es nacimiento á nueva vida; es tránsito de un mundo lleno de penalidades y miseria á otro colmado de gloria y riquezas espirituales: es el desprendimiento de la envoltura material, para que, libre el alma de su mundana prisión, pueda gozar con libertad omnímoda del máspreciado de todos los bienes; es el desasimiento de todo lo terreno para mejor disfrutar de todo lo celeste. ¿Qué mucho que nuestra excelsa Santa, en un momento de sobrenatural inspiración, abarcando con su vista de águila todo lo existente, exclamara, llena su alma de júbilo inmenso,

"Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero."

¡Oh, dichosísima criatura! ¡Oh, feliz mujer! Nada te arredraron los sufrimientos, ni las dificultades, ni las persecuciones, ni la maledicencia, ni las pruebas sin cuento á que fué tu alma sometida, para salir de la adversidad y de la lucha más purificada, más *ángel humano*, si la frase vale.

Tu amor al dulcísimo Jesús, á quien por entero consagraste tus primicias, obró en tí grandes maravillas; bien es verdad que tú no viviste en el mundo, ni por el mundo, ni para el mundo, sino por Jesús y para Jesús. Y sólo el anhelo constante de poseerle y de que fuera todo tuyo; este pensamiento incesante que te dominaba es el que palpita en tu imperecedera frase: "Que muero porque no muero".

FRANCISCO GONZÁLEZ BAUTISTA.

Peñaranda, Julio, 1897.



ALBA DE TORMES

Á SANTA TERESA DE JESÚS

VIBREN las cuerdas de mi tosca lira
Para cantar al Angel humanado,
Al Serafín, que en la divina pira,
Cual mariposa, que ante el fuego gira,
Vivió y murió de amores abrasado.

Dadme del Querubín la melodía,
Y del Profeta Rey el estro santo,
Y de Juan de la Cruz la poesía,
Y, envuelto entre raudales de armonía
Hasta su trono llegará mi canto.

¿Qué menos para tí, blanca azucena,
Que embalsamas la cumbre del Carmelo?
¿Qué menos para tí, de gracias llena,
Que, á todo goce terrenal ajena,
Viviendo en carne disfrutaste el cielo?

¿Qué menos para el alma, regalada
Con la dicha del ósculo divino;
Y á los eternos pechos sustentada;
Y en deliquios sublimes embriagada
En la bodega del celeste vino?

Tú cual las tiendas de Cedar hermosa,
Hermosa como el lirio de los valles,
Como del campo purpurina rosa,
Como fuente, que nace melodiosa,
De huerto ameno en las umbrosas calles.

Bella cual lirio de fragante aroma
De punzantes espinas rodeado;
Como blanca purísima paloma,
Que por las grietas de la peña asoma,
Acechando la vuelta del Amado.

Tú la enferma de amores, reclinada
Del Dios de paz en la siniestra mano,
Y con la mano diestra acariciada,
Y en célicos ensueños arrobada
A la sombra del místico manzano.

—No despertéis á la dormida esposa,
Alegres hijas de Salén la bella,
Hasta que al cabo, de velar gustosa,

Pasada ya la siesta calurosa,
Ebria de amores se levante ella.

Ya pasó del invierno la crudeza;
Ya pasaron los negres nubarrones,
Que empañar pretendieron tu pureza,
Sucediendo á tu efímera tibieza
Flores fragantes y celestes dones.

Levántate veloz, paloma hermosa:
Ya de la higuera la fecunda rama
Hizo brotar de sí fruta sabrosa;
Levanta, pues, y corre presurosa
A la voz del Esposo, que te llama.

¡Ah! que no duerme el corazón amante
Aunque el cuerpo se rinda á la fatiga;
Y está dentro del pecho vigilante
Porque el Esposo llamará anhelante
A su amada sin mancha y á su amiga.

¿Cómo no acudes á su dulce acento?
¿No ves que el agua moja su cabeza;
Y sus cabellos, celestial portento,
Que envidiara la luz del firmamento,
Los cubren gotas de glacial tibieza?

¿No ves cuán amoroso con su mano
Pretende abrir de tu mansión la puerta;
Y el sonar de su tacto soberano,
Disipa tu frialdad, cual humo vano,
Y con más efusión tu amor despierta?

Mas ¡ah! Que de la ausencia los temores
El castigo serán de tu tardanza,
Cuando al abrir, pasados tus rigores,
Busques en vano al rey de tus amores,
Encontrando fallida tu esperanza.

Mas, vuelta en tí, procuras diligente
Encontrar al amado de tu alma.
Por él preguntas á la armada gente,
Que no se apiada de tu voz doliente,
Y no te vuelve la perdida calma.

¿A dónde huyó? Camina por sus huellas,

Que trascienden fragancia de azahares;
Pregunta de Salén á las doncellas
Si al tenue fulgurar de las estrellas,
Vieron al escogido entre millares.

Dime, mujer, portento de hermosura,
¿A dónde huyó tu soberano amigo?
Dime dónde se encuentra tu ventura,
Porque quiero gozar de su dulzura
Y yo también lo buscaré contigo.

¡Ah! tal vez en su huerto regalado
Fué á buscar el alivio de sus penas,
Viéndose de su esposa rechazado
Y allí lo encontraremos, reclinado
En sus prados de lirios y azucenas.

¿Lo encontraste al fin? No lo abandones.
Con él aún los quebrados lazos
Que juntan los amantes corazones,
Y gozando de nuevo de sus dones,
Vuélvete á adormecer entre sus brazos.

No despertéis á la dormida esposa,
Alegres hijas de Salén la bella;
Respetad los ensueños de que goza,
Dejadla que en su amor sueñe dichosa,
Sin volver á pensar en su querella.

Extático mirando tu hermosura;
Preso en la luz de tus sencillos ojos;
Oyendo de tu acento la dulzura,
Que es miel, que corre de tu boca pura,
Huyeron de tu Esposo los enojos.

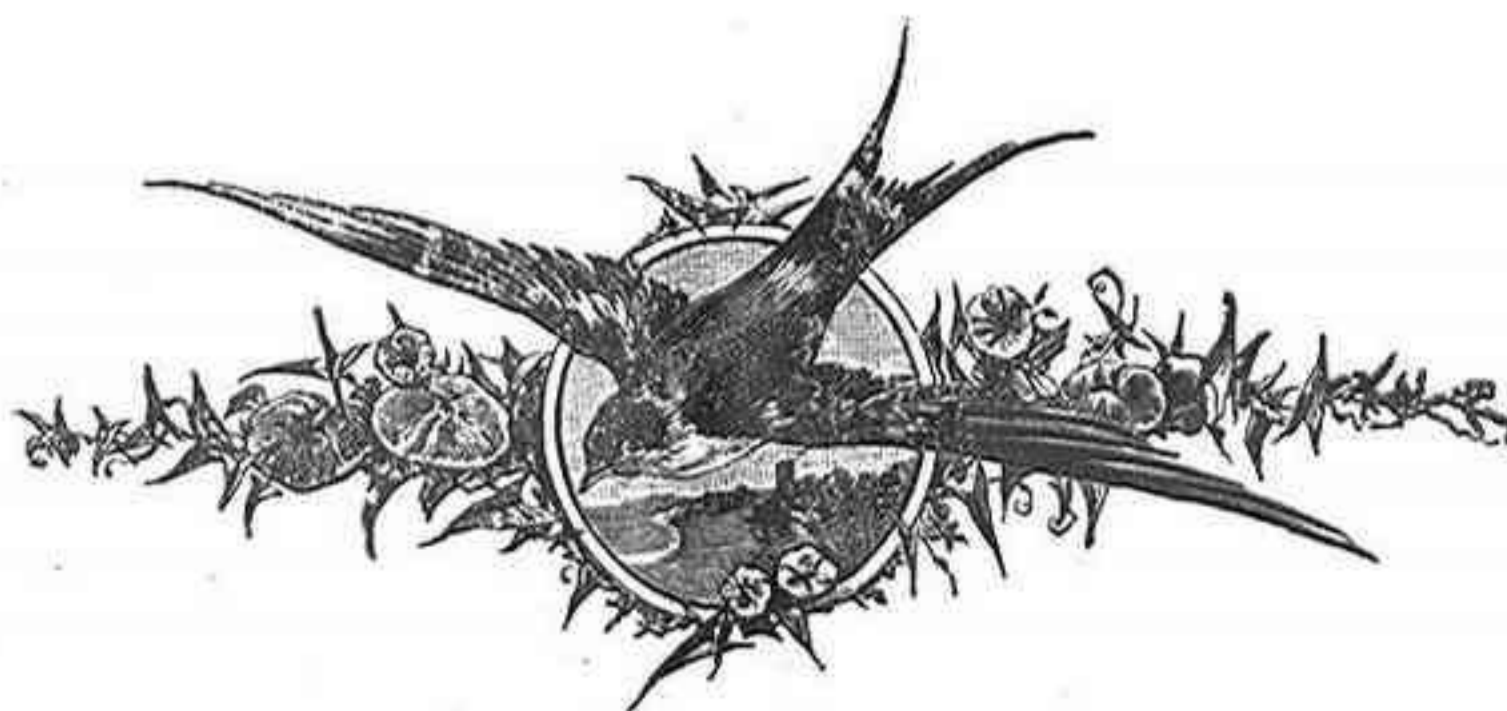
Tus acciones para Él son tan preciadas.
Como los dulces frutos del manzano,
Que crece entre verjeles de granadas;
Y por tu Esposo al fin te son premiadas
Con la largueza de su amante mano.

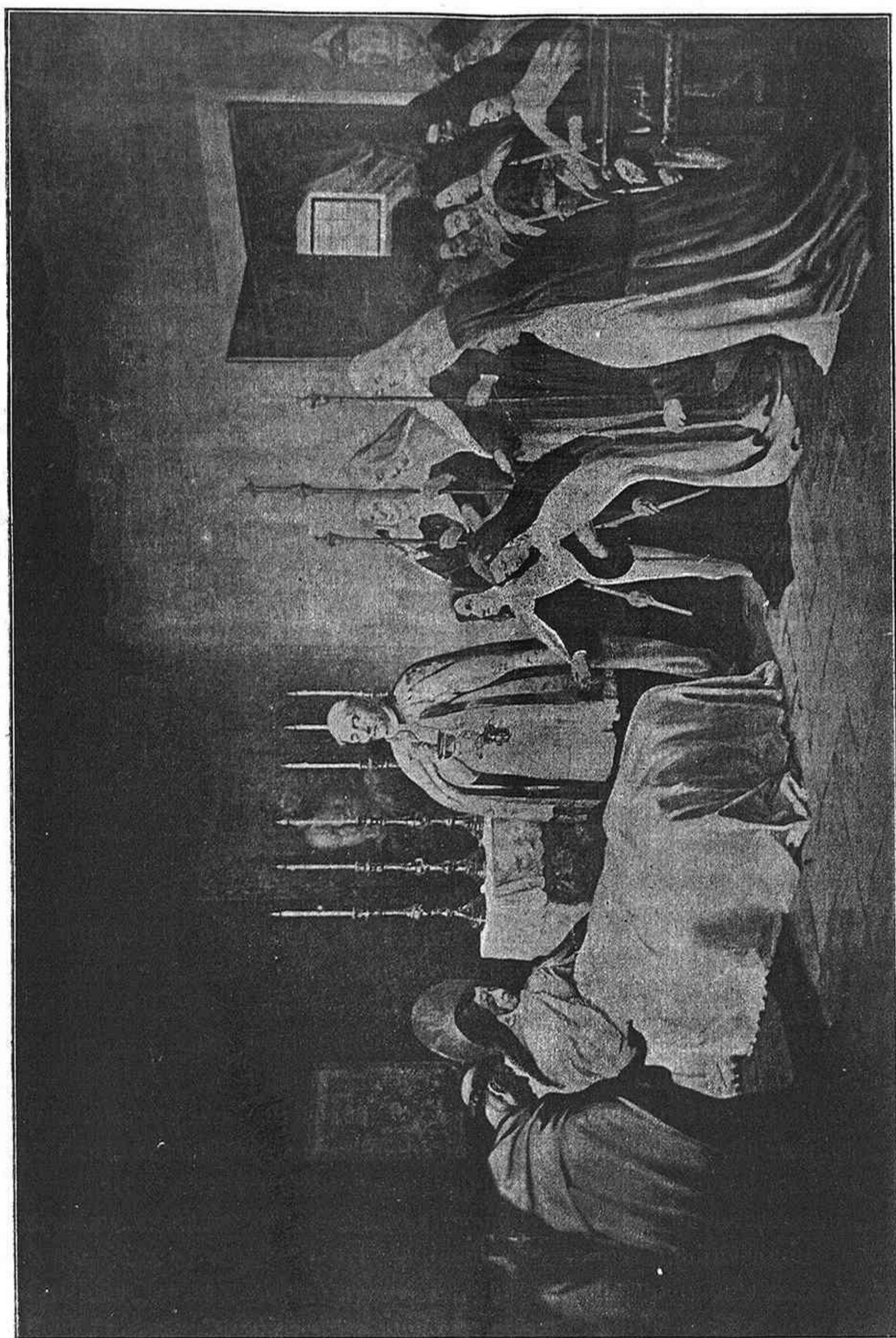
Y al pasar por tu huerto peregrino,
Como el manso arrullar de las palomas,
El soplo del Espíritu Divino
Endulzó nuestro mísero camino,
Trayendo hasta nosotros tus aromas.

FR. GONZALO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Carmelita Descalzo.

Avila, Julio, 1897.





SANTA TERESA RECIBIENDO EL VIÁTICO

COMO el ciervo sediento corre en busca de la fuente de las aguas, así el alma humana, estimulada de ardiente deseo de la verdad y del bien, va corriendo hacia Dios; y no hallará sosiego, ni quedará satisfecha hasta que descanse en Él.

El vuelo del alma, abatido por el peso de la carne, no era capaz de subir á la región de la luz indeficiente y del eterno amor; pero un día ese amor se apareció á los hombres y les dijo: "el que me ama será amado de mi Padre, y también yo le amaré, y vendremos á su corazón y haremos allí nuestra morada: y me manifestaré á él".

Teresa prestó atento oído á esa dulce voz y di-



UN ARROBAMIENTO

rigió su amor hacia Jesús; y Jesucristo, fiel á su palabra, amó á Teresa y se le apareció. Desde entonces Teresa fué de Jesús y Jesús de Teresa; y Teresa, llevada de claridad en claridad por el amor de Jesús, llegó á aquella altísima visión que "purifica el alma en gran manera y quita la fuerza casi del todo á nuestra sensualidad: que, como una llama grande, parece que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida, y es enseñamiento grande para levantarlos en la pura verdad".

¡Dichosa el alma que busca á Jesucristo para saciarse de su luz y de su amor: y bendito sea el Señor, que da ánimo y esfuerzo á la criatura para llegarse á Él!

+ V. SANTIAGO, *Obispo de Santander.*

24 Julio 1897.

EL ESPAÑOLISMO DE SANTA TERESA



S axiomático que la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza, y por eso no debe parecer extraño que, al estudiar las vidas de los santos, se determinen los rasgos de carácter personal, de raza y de época, que van unidos con otros completamente sobre-humanos.

¿Cómo apreciar en todos sus aspectos la gran figura de Santa Teresa, separándola de otras que con ella forman el cuadro admirable de la España del siglo XVI? En la mística Doctora del Carmelo, en sus escritos y empresas heroicas palpita el mismo espíritu que animaba á las gloriosas legiones de sabios y artistas, de soldados y conquistadores, organizadas entonces en nuestra patria para conseguir un objeto común, el triunfo de la fe católica y la extirpación de la herejía protestante. El misticismo de la inmortal Reformadora no fué puramente contemplativo y extático, sino fecundo en obras, celoso de la salvación de las almas y reñido con cualquier mira egoista, aun con aquella que se

cifra en desatender las necesidades del prójimo, para pensar sólo en el cielo. Cada una de sus fundaciones le proporcionaba el inefable gozo de haber ganado una batalla á Satanás y conquistado para Cristo un lugar donde algunos corazones generosos pudieran compensarle de las injurias que le inferían sus enemigos.

Si por este lado aparece tan española el alma de Teresa de Jesús, no lo son menos la varonil entereza y la simpática alegría que informan sus celestiales enseñanzas, en las cuales no se ve rastro de esa piedad frívola y ceremoniosa que nos han importado del extranjero, ni tampoco asustan el ánimo las perspectivas lúgubres ó la aridez y minuciosidad de los preceptos, sino que el camino de la perfección está cubierto por las flores del amor divino, que atraen con sus encantos y embriagan con su perfume.

¿Y quién negará el sello castizo de aquellas imágenes peregrinas y graciosas, de aquella ingenua y dulce cordialidad, de aquel lenguaje, entre infantil y seráfico, que sirven á la Santa para expresar con diáfana sencillez los arcanos de la más alta de las ciencias? Como si allí reverberase la

luz de nuestro cielo, nada hay que no sea clarísimo, nada que necesite prolijos comentarios. El idioma de Castilla parece en la pluma de Santa Teresa creado expresamente para la manifestación de lo divino.

Nuevo y poderoso argumento de que la mística Doctora no desmiente á su siglo ni á su raza, nos suministra el paralelo que podría establecerse entre esta mujer extraordinaria y la otra que poco tiempo antes había regido los destinos de nuestra nación, elevándola al apogeo de su grandeza. La pompa de la Corte y la humilde estrechez del claustro, fueron accidentes diversos bajo los cuales desplegaron la misma excelsitud de ánimo Isabel la Católica y Teresa de Jesús, luminas brillantísimos con que Dios adornó el firmamento de nuestra historia, en premio de los sacrificios que el pueblo español hacía por Él y por la gloria de su nombre.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA
Agustino.

Escorial, 29 de Julio de 1897.

SANTIDAD Y BELLEZA



ÉESE en la vida de la venerable Juana María de la Cruz, que llegó á tener tal aversión á todo lo feo, que no podía conservar en su libro de rezos imágenes ni oraciones que no fuesen bellas. “La música tiene para mí tales encantos,—decía ella misma,—porque me parece oír la voz misteriosa de la naturaleza invitando á las almas á unirse con Dios,,. La idea de la belleza eterna siempre viva en su alma, se ha dicho, explica esa intensidad de sentimientos. Mas ese estado de espíritu es común á todos los Santos, y sólo su manifestación sensible será distinta en cada uno de ellos según las diferencias de su organización psicológica.

Santa Teresa de Jesús, de ánimo expansivo y corazón grande, ha dejado en las mil interesantes escenas de su simpática vida la demostración práctica de cómo se hermana en este mundo lo verdaderamente hermoso con la santidad más perfecta.

Es más, los Santos no pueden menos de amar la belleza en todas sus manifestaciones, porque son ellos parte de la belleza misma.

La belleza no consiste más que en el orden. El orden es la perfección del sér, y los grados de belleza de las cosas son las realidades de las cosas mismas, dice la filosofía.

En la vía de la perfección, en el camino para llegar á Dios, en la imitación realizada por los Santos de Jesucristo, que es el camino, la verdad, la

vida, es, pues, donde se hallará la más elevada belleza sobre la tierra.

“Dios ha pasado por delante de mí, decía un sabio; yo no lo he visto de frente, pero su reflejo ha llegado hasta mi alma, apoderándose de ella y llenándola de estupor y de admiración,,.

Esto dijo Linneo al ver pasar ante su vista las bellezas del mundo vegetal y del mundo animal.

Es que “un espíritu grande es más capaz que uno pequeño de ver á Dios á través de sus obras,, responderá Thiers.

Sí, pero no seamos tan pequeños que no veamos á Dios en las obras que llevan el sello divino de lo sobrenatural, el calor vivificante de la caridad y la luz esplendorosa de la gracia.

No seamos tan ciegos que no veamos la luz de la belleza divina reflejada en el espejo clarísimo de la vida de los santos.

¡Divina belleza! pero estas palabras ¡quién lo creyera! no dicen nada apenas á nosotros, míseros mortales. Los mismos artistas del sentimiento que, extasiándose ante cualquiera hermosura terrenal y mundana, no hallan otra manera de ponderarla que llamándola divina, cuando se les habla de hermosuras realmente divinas..... no saben lo que son.

Y es que para comprender toda la belleza de un santo se necesita..... ser santo.

Sólo los grandes artistas comprenden á los grandes artistas. Y ya lo dijo Cousin: “Los grandes artistas, son los santos.,”

Mas, ya que no nos sea dado comprender perfecciones que estamos muy lejos de alcanzar, podemos admirarlas. Y si no llegamos á entender esas bellezas, sintámoslas, como sentimos las armonías de la música sin ser músicos y las de la poesía sin ser poetas.

Lea cualquiera la vida de Santa Teresa, escrita por ella misma, y si no comprende, si no ve, si no siente allí la belleza, ya puede decir que no es santo, que no es artista, que no es hombre capaz de sentir.

J. D. B.

28 Julio, 1897.

*Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.*

*Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.*

(De la Santa).

UNA LIMOSNA PARA SANTA TERESA

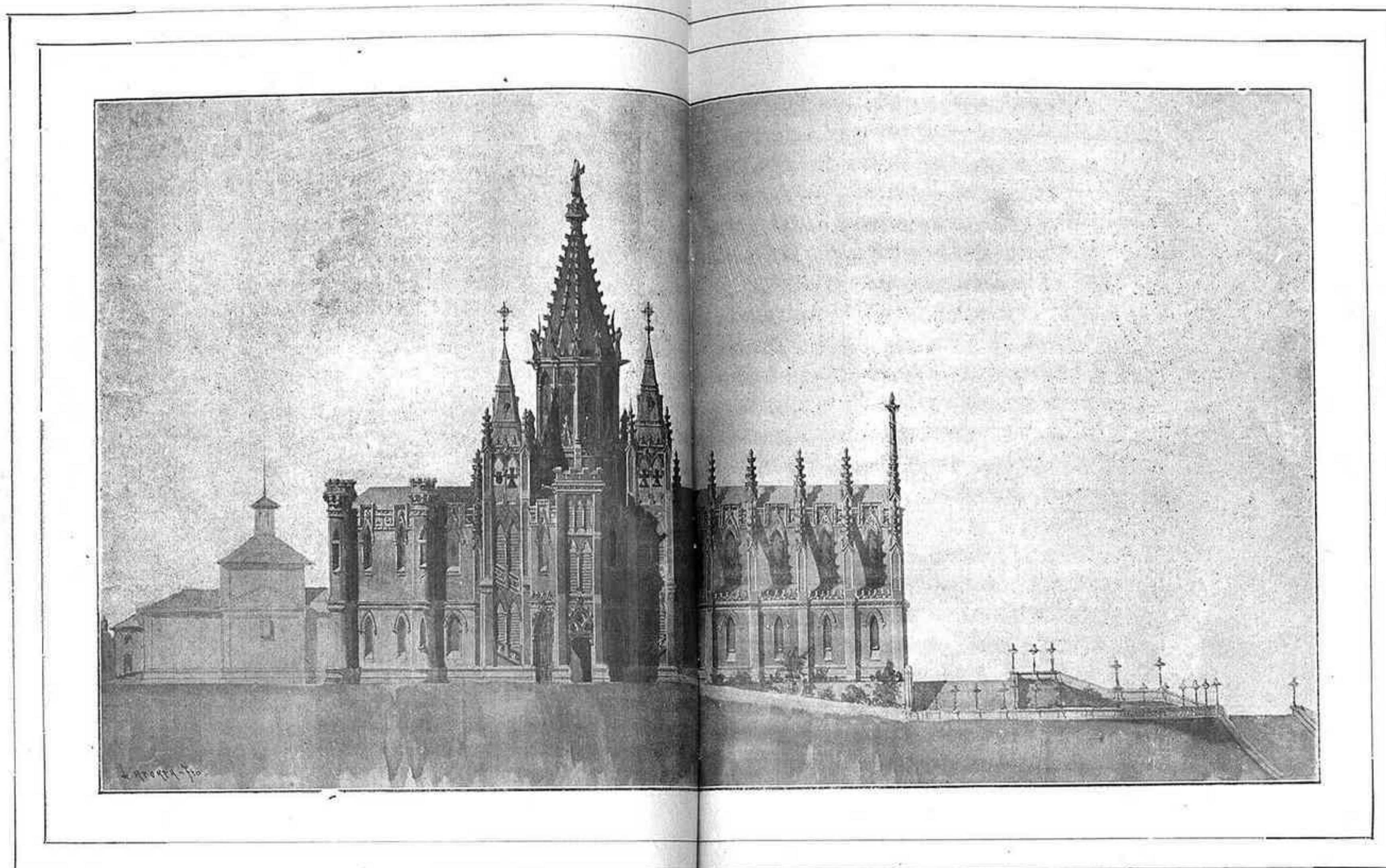
¡QUI, en la hermosa soledad del campo, bajo de un claro cielo azul, del que se ve extensión inmensa, como anticipo del que el Creador nos destinara; divisando un horizonte ilimitado, símbolo de lo infinito, de la eternidad; tostado, durante el día, por los ardorosos rayos del sol de nuestra patria, representación de aquella luz vivísima que de lo alto viene, difundiendo por donde quiera destellos de la verdadera sabiduría; emocionado, al atardecer, por la candente y rojiza puesta del sol, que nos recuerda el vivo, abrasador fuego del divino amor de la caridad; empequeñecido, en las horas sombrías de la noche, con la contemplación de la obscura esfera, tachonada de estrellas que á nuestra limitada vista parecen pequeñas, y son mundos inmensos, que giran obedeciendo el mandato del Supremo Hacedor; aquí el alma cristiana, enamorada de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, adora á Dios de rodillas y piensa en aquella alma privilegiada, en aquel sér sublime que en la vida del claustro se llamó Teresa de Jesús.

Y es que Santa Teresa, que según nos dice su confesor, el P. Francisco de Rivera, "era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien....", tenía un alma grande, hermosísima, de la que brotaban, como en cultivado campo, mil diversas flores y lozana verdura, que después conviértense en dorada mies y más tarde en alimento para el cuerpo; todas las virtudes cristianas y las galas todas de su peregrino ingenio, inspiradas en el divino amor, para servir de alimento á los espíritus preñados de elevadas, infinitas aspiraciones.

¡Oh! sí. Nada más hermoso que aquel semblante risueño, al que se asomaba aquella alma regocijada y alegre, como si por Dios hubiera sido elegida para enseñarnos que la verdadera virtud, es expansiva, es tolerante con las humanas debilidades, cuando, reconocidas éstas por los míseros mortales arrepentidos, vuelven á Dios, y á Él se dirigen con sentida y sencilla oración; nada más hermoso que aquel semblante al que se asomaba su alma casta y enamorada como blanca y pura paloma, su alma humilde, inclinada ante la grandeza del Creador, como al suelo se inclinan las doradas espigas mecidas á impulso del suave céfiro, obediente á los mandatos del Señor, para dar

óptimos frutos, como la tierra arte la voluntad del hombre que la cultiva.

¡Castidad, humildad y obediencia, hermosas virtudes, que subliman al que las posee, elevándolo sobre las míseras terrenas pasiones, poniendo en su frente la corona de dicha eterna, prometida á los que después de terrible lucha, con ellos mismos, saben vencer!



LA BASÍLICA DE SANTERESA.—VISTA GENERAL

(Proyecto del Arqu. E. M. Repullés y Vargas)

¡Qué hermosa y elocuente demostración son la vida de Santa Teresa y sus bellas producciones literarias, de que nuestra Religión Católica no es, como pretenden los insensatos que, apartados de la línea recta que conduce á Dios, se entretienen en curvas y líneas quebradas, para buscar la verdad que encontrar no pueden (1), patrimonio de criaturas ignorantes y sencillas, si no de inteligencias tan superiores como las de la Santa, la de un Fray Luís de León ó un San Agustín y otros mil, que aun en el recio batallar del presente siglo, dis-

(1) Pensamiento del Sr. Obispo de Salamanca.

Á SANTA TERESA DE JESUS

¡Amor, amor! flamigero Oceano
que surge, como ráudo torbellino
del corazón divino
y purifica el corazón humano.
No es el amor profano;
no es el que ciñen pasajeras flores,
que perturban la noble inteligencia
con su mágica ciencia,
y cuyas hojas desparrama el viento,
volador de perfumes y colores...
¡Ay, el viento glacial del desengaño!
No es el fuego que ciega cuando abrasa,
que amortigua la luz del pensamiento
y que declina, se oscurece y pasa
entre nieblas de dudas y de olvido...
No es el amor terreno,
grande en su origen, sí, pero caído
y manchado con lágrimas y duelo.
Es el amor de los amores fuente,
es el bien soberano,
es el agua que salta, rica y pura,
hasta la eterna vida
y conforta las almas apenadas,
nunca, nunca saciadas.
Es el potente vuelo
que te elevó desde la tierra obscura
á los arrobos místicos del cielo,
al pasar por el mundo suspirando,
víctima santa de anhelar bendito,
y entre sombras luchando
con ansias y con sed de lo infinito.

JOSEFA UGARTE BARRIENTO
Condesa de Parent.

Harto gran miseria es vivir en vida, que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos á la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresalto, si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza. ¡Oh, Señor mío y bien mío! ¡Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquen de ella, sino es una esperanza de perderla por Vos y gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo entender que es vuestra voluntad! (De la Santa).

Tu deseo sea de ver á Dios; tu temor si le has de perder; tu dolor, que no le gozas; y tu gozo, de lo que te puede llevar allá y vivirás con gran paz.—(De la Santa.—Avisos).

Que un milagro es que una mujer, y sola, haya reducido á perfección una orden de hombres y mujeres. Y otro, la gran perfección á que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento á que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios, que cada uno por sí, son cosas muy dignas de considerar.—(Fray Luís de León).

La honra del pobre consiste en ser verdadero pobre.—(De la Santa.—Camino, cap. II, 4).

¡Oh muerte, muerte! no sé quién te teme, pues está en ti la vida!—(De la Santa).

Entre muchos, siempre hablar poco.—(De la Santa.—Avisos).

curren brillantemente, sin apartarse de Dios, en todos los ramos del humano saber!

Sí, á Santa Teresa la aprenden y la admiran todos los séres amantes de lo bello, de lo sublime, por eso acuden á su santuario numerosas peregrinaciones para depositar ante su sepulcro hermosas flores, como símbolo de las que á aquella seráfica criatura adornaron.

Por eso yo, el más humilde y el más entusiasta de sus admiradores, hoy que se trata de elevarle un templo digno de ella, que fuélo hermosísimo de la divina gracia, imitando su carácter de mendicante, escribo estos mal trazados renglones para pedirlos á todos una limosna, que por pequeña que ella sea, pueda, si se da con fe y con caridad, ser tan eficaz, como aquel insignificante donativo que sirvió para construir el magnífico templo de Constantinopla, donde apareció en brillantes letras aquella inscripción de *Sophia me fecit*.

L. IBARGÜEN.

Ontalva, 30 de Julio de 1897.



SANTA TERESA Y UN OBISPO MÁRTIR

HE amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso muero en el destierro.

Con esta valiente frase sellaba sus labios hace ocho siglos el gran Hildebrando, el azote de la inmoralidad, el espejo purísimo de la disciplina eclesiástica, San Gregorio VII.

Al expirar en el destierro de Salerno, perseguido por los reyes y abandonado de los hombres, protestó á la faz del mundo del triunfo de los enemigos de la Iglesia.

Sus palabras no se perdieron en el vacío de la Historia; y poco tiempo después, esplendorado de la doble corona de la santidad y del talento, el nombre de Hildebrando se pronunció con veneración por todo el orbe.

Hace once años un Obispo español, cuyo corazón, templado al calor del transverberado de Teresa de Jesús, latía á impulsos de un celo ardiente por la gloria de Dios, moría, mártir de su deber, pronunciando frases parecidas á las del Pontífice insigne: *Amé la justicia, odié la iniquidad, y por eso muero bárbaramente asesinado.*

* *

Mientras la muchedumbre se agolpaba á las puertas de la Catedral matritense, ávida de ver á su Prelado, y centenares de personas agitaban blancos ramos de palma, en señal de júbilo..... una..... dos..... tres detonaciones resonaron bajo el vestíbulo del templo: ayes desgarradores brotan de todos los pechos mezclados con gritos de indignación, y..... cae envuelto en humeante sangre el Obispo santo, el Obispo celoso, el Obispo sabio, el Obispo de Santa Teresa, D. Narciso Martínez Izquierdo.

* *

¡Qué día aquél! No puedo recordarlo, sin que las lágrimas rieguen mis mejillas.

Le ví tendido en tierra; las vestiduras episcopales teñidas en sangre; los ojos fijos en el cielo; el rostro lívido, pero sereno y respirando santidad.

De sus labios no brotan más que palabras de perdón y los sacratísimos nombres de Jesús, María, José y Teresa.

Treinta horas de agonía, sólo interrumpidas por las oraciones. ¡Colosal figura la del Sr. Izquierdo exhalando su último aliento! ¡Allí estaba el Obispo, allí estaba el santo, allí estaba el mártir!

.....
.....

Expiró. Su postrimera palabra fué: *¡Teresa de Jesús! Su última obra: una bendición.*

* *

¿Sería que el Sr. Izquierdo vió á la purísima paloma del Carmelo en aquellos instantes que le pedía la bendición episcopal para algo grande que proyectaba la Santa castellana?

Yo no lo sé; pero lo adivino.

El primer Obispo de Madrid, era tan amante de Santa Teresa, que en su pontificado salmantino (1) hizo renacer vigorosa la devoción á la ínclita Doctora salmanticense.

Aquel centenario glorioso, por él preparado con maestría, fué la mano que mágicamente hizo resurtir con violencia el corazón ibero, hacia el sepulcro de la Santa castellana.

El Sr. Izquierdo había nacido para Santa Teresa.

Si observáis sus retratos, siempre le veréis mirando á una imagen de la mística Doctora. Si leéis sus escritos, á la más somera ojeada percibiréis las dulzuras teresianas: el regaladísimo dejo de la flor del Carmelo, cuyo aroma saturaba la mente y el corazón del Obispo matritense.

El gran proyecto que la actividad admirable y devoción acendrada de nuestro Rmo. Prelado (sucesor del Sr. Izquierdo, así en el cariño á Teresa de Jesús como en la Sede salmantina) sabrá llevar á cabo, fué mil veces acariciado por el Obispo mártir, que soñaba con su Basílica teresiana y con el engrandecimiento de Alba de Tormes.

No es, pues, de extrañar que en sus últimos momentos viera surgir ante los ojos, rodeada de gloria, á la mística Doctora, objeto de las ansias de su corazón, y que ésta le dijera con la sencillez y cariño que, á fuer de agradecida, tiene para sus devotos: *Narciso, yo he alcanzado para tí la corona del martirio; bendice ahora mi sepulcro, para que sea glorioso ante el mundo entero.*

N. PEREIRA.

LOS RETRATOS DE LA SANTA



APENAS se entra en una iglesia ó convento, y en muchas casas particulares, cuando se encuentra un cuadro, generalmente viejo, donde se ve el *verdadero* retrato de Santa Teresa de Jesús.

Por otra parte, está demostrado que, viviendo la Santa, sólo se retrató una vez, y tan mal, que

(1) De la diócesis de Salamanca fué trasladado á la de Madrid el año 1885.

ella misma, con graciosa frase, reprendió al pintor, Fr. Juan de la Miseria: juzgue, pues, el lector la autenticidad de los numerosísimos retratos verdaderos.

Ahora bien; ¿dónde está el pintado por Fray Juan de la Miseria? Si el lector va á Valladolid, allí encontrará uno que dice la gente ser el auténtico; si llega á Ávila, otro; y supongo que así en varias localidades más. Parece lo más verosímil que sea el que está en Sevilla, porque es de suponer que no lo dejaran salir de allí.

Hay una señal para conocer, desde luego, el que no es original, y es el lema: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*, que mandó poner Fr. Luis de Leon por primera vez, con evidente posterioridad á la muerte de la Santa.

Tiempo después empezaron á pedir en todas partes, ya que iba cundiendo la devoción, retratos de Santa Teresa, y entonces se sacaron copias del primero; pero como éste representaba á la Santa vieja y fea, pues estaba bastante mal pintado, la piedad de los pintores y la opinión de las personas que la habían conocido, vinieron á reformar el primitivo retrato y á representarla ó más joven ó menos maltratada, y de ahí todos esos cuadros que, en cierta manera, pueden llamarse verdaderos.

Tenía la Santa en el rostro tres lunares, y así

aparecen en los retratos mas exactos, y aún sirve de señal para apreciar esta exactitud, pues pintores, hubo después que juzgaron conveniente suprimirlos con mal aconsejada reforma.



EL EXCMO. É ILMO. SR. D. NARCISO MARTÍNEZ IZQUIERDO
PRIMER OBISPO DE MADRID-ALCALÁ

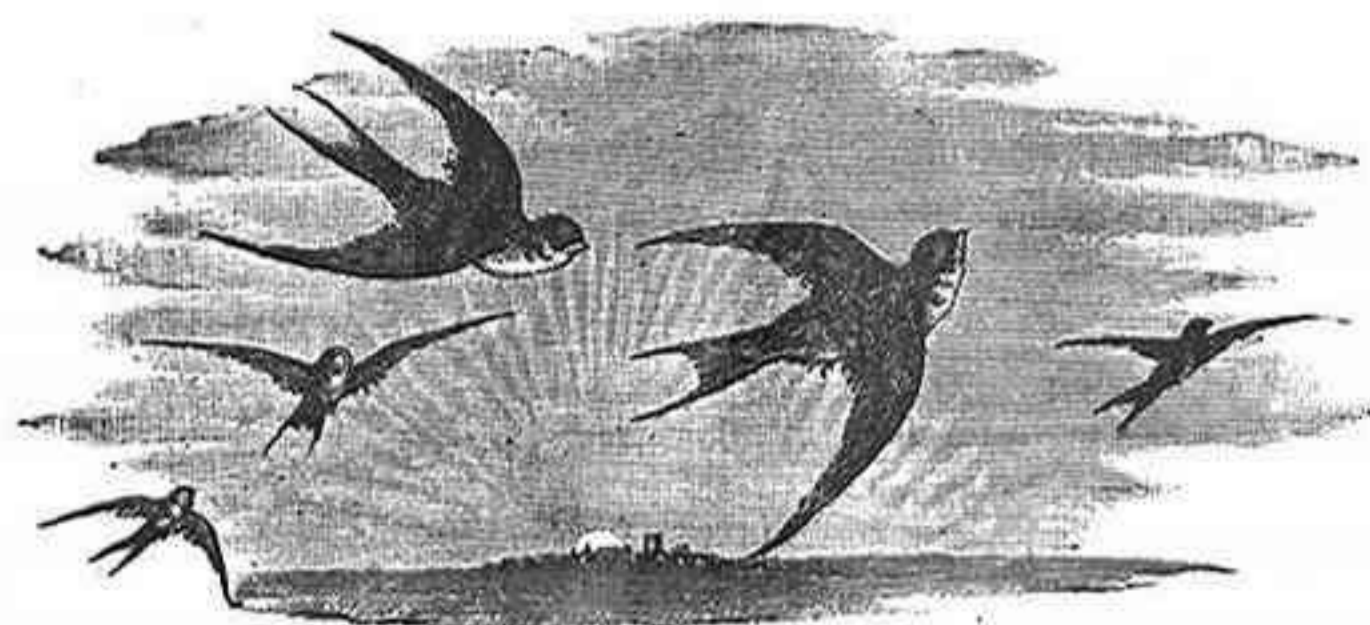
El retrato más acertado parece ser, según opinión aceptada, el que figura al frente de la edición de las obras de Santa Teresa, llamada edición Foquel.

En el Ayuntamiento de Ávila se conserva un buen cuadro que representa á la Santa; tiene la notable particularidad de que parece una persona muerta.—X.

QUELLOS que instruyen á muchos, dice el Espíritu Santo, para que practiquen la justicia, brillarán como estrellas perpetuamente; y así vemos que la memorable Reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, á la

cual aplica el Papa Gregorio XV, en las actas de su canonización, la expresada sentencia, goza de una celebridad que nunca decae, de una gloria que nunca se eclipsa y de una devoción que nunca se entibia; sino que por el contrario, van en aumento de día en día, cautivando la admiración y el amor, no solamente de sus hijos y devotos, sino de los católicos en general, y aun de aquellos cuyas inteligencias no están alumbradas por los resplandores de la fe; y no hay un punto, no digamos en este país, testigo de sus grandes acciones y lleno de sus recuerdos, sino en todo el orbe cristiano, en donde su nombre no se pronuncie con veneración profunda, veneración que, dados los motivos y medios que va deparando la Providencia, ha de trocarse en universal entusiasmo.

(Comienzo de la Pastoral del Ilmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, Obispo de Salamanca, del 16 de Julio de 1877, sobre la *Devoción á Santa Teresa de Jesús*).



El Corazón de Santa Teresa de Jesús



QUIEN haya leído las obras de la insigne castellana y originalísima santa, Teresa de Jesús; quien conociendo su vida y los rasgos de su alma grande haya admirado el corazón que alimentó aquella vida y dictó aquellas páginas, siente como satisfecha una legítima ansia y como cumplida una insistencia del espíritu, cuando sabe que ese corazón, lleno siempre de aliento divino, anegado siempre en amor de Dios, corazón que tales cosas acertó á decir para embelesamiento nuestro, para gloria de su Amado y provechosa enseñanza de todos, que ese corazón decimos, vive, respira, se le puede ver, mirarle fijamente, siendo objeto de reverente pasmo que nos detiene suavemente en su contemplación.

Cuando la obra de la reforma quedaba ya rematada, la Santa fundadora fué, llevada sin duda por la Providencia, al convento de la Encarnación en Alba de Tormes. La ducal villa de Alba no podía sospechar que para su monasterio carmelitano reservaba el Señor un inestimable tesoro.

Rendida á las fatigas y al cansancio, pocos días bastaron á la enfermedad para concluir con la preciosa vida mortal del Serafín del Carmelo. Murió, si puede llamarse muerte la de un santo, Santa Teresa de Jesús, rodeada de sus amadas hijas, el 4 de Octubre de 1582.

Las religiosas de aquella fecha, que apenas su alma con la separación de la Madre, se consideraban muy elegidas en aquella dicha de recibir sus últimos consejos y palabras, y presenciar aquel glorioso tránsito de la tierra al cielo, allí estaban fijas, suspensas, viendo los arrobamientos y éxtasis de la Santa, que así era trasportada con anticipaciones al reino de su Amado.

Antes de su despedida y cuando la interrogaban por el lugar que elegiría para sepultura, ella contestó: "¿Aquí no me darán un poco de tierra?," Nuevo consuelo y prenda rica de amor que recibían las apenas Carmelitas de Alba. Y habiendo expirado la Santa, sus hijas cuidaron de cumplir su deseo, que era el de ellas también, dándole el *poco de tierra* que había pedido.

Fuó enterrada la Santa en el coro bajo de la iglesia, entre las dos rejas, y bien cubierto de cal para evitar lo que temían y acaeció, que en contiendas y pleitos fuese fácil arrebatárselas tan querida joya. Hoy se conserva este primer enterramiento de la Santa convertido en capillita, en donde se percibe un olor especial que regaladamente llena el alma.

Pasados nueve meses de la muerte de Santa

Teresa, en 4 de Julio de 1583, se decidió abrir el enterramiento, y ¡cuál no sería el asombro de todos los presentes cuando, al levantar la tapa de la caja, se encontraron incorrupto el cuerpo! No parecía muerta. Los golpes que más de una vez escucharon las monjas en el coro bajo y que salían de entre las dos rejas, querían anunciar el prodigio.

Cambiado el hábito que estaba destruído, volvió á ser enterrado el santo cuerpo, no sin antes quedar cortada una reliquia, la mano izquierda.

Por circunstancias que no hacen á nuestro propósito, llegó el caso de resolverse la traslación del incorrupto y glorioso cuerpo á la ciudad de Avila, cuna de la Santa reformadora. Día de tristeza indescriptible fué para las pobres Carmelitas de Alba; pero tuvieron que pasar por aquella prueba y contentarse con poseer por entonces solamente el brazo izquierdo de su amada Madre. La prueba, sin embargo, había de ser pasajera, y pronto, muy pronto el monasterio de la Encarnación de la histórica villa se hallaría en posesión tranquila del disputado y santo cuerpo; la mano de Dios así lo disponía, preparando también una reliquia especial para las Carmelitas de Alba: la veneración del transverberado corazón de su bendita Madre.

En efecto: poco tiempo hizo mansión en Avila el incorrupto cuerpo de Santa Teresa: no llegó á un año. Y en Agosto de 1586 fué de nuevo conducido á Alba de Tormes, á aquel *poco de tierra* que tanto significó en labios de la Mística Doctora cuando iba á entregar su alma á Dios.

Cuando llegó la comitiva con el cuerpo de la Santa, en los claustros y celdas del convento de la Encarnación reinaba un gozo y un contento indescibles. Teniendo allí ya tan preciada riqueza, se le ocurrió feliz idea á una hermana lega, idea que hoy podemos llamar inspiración del cielo, aun cuando en aquel entonces pudiera merecer penitencia.

De acuerdo y connivencia con otras dos religiosas, probablemente otra lega y una hermana de coro, y aprovechando horas de silencio y descanso, llegóse nuestra monja al lugar en que últimamente se había colocado la urna con el cuerpo de la Santa Madre. Por la soledad de los claustros iba ella meditando un plan.

—No quiera Dios que vuelva á salir de esta casa la Santa; pero si acaso se renueva el pleito y se disputa otra vez su posesión, aquí ha de quedar lo mejor.

Una vez en la estancia, grande ánimo sintió al respirar auras de santidad.

—Sí, sí; tengo valor, Dios lo quiere. El cuerpo

podrán llevárselo, pero el corazón, que es como la Santa toda, aquí lo guardaremos; es nuestro.

Era la lega Carmelita en aquella situación, sin duda, intérprete de un designio altísimo y al mismo tiempo se adelantaba al deseo anhelante de las generaciones entusiastas de Teresa de Jesús, que habían de encontrar satisfacción plena teniendo á la vista su corazón transverberado. Y de la idea á la obra no hubo indecisiones. La monja se adelantó y levantando la cubierta de la caja repetía embelesada:

—No, no es posible que esta casa se quede sin lo que es su timbre de honor y tan exclusivamente suyo.

Abismada, confusa y valiente á la vez, abrió, con un cuchillo, el pecho de la Santa, siempre abrasado en fuego divino, y con su mano entró en busca del tesoro, sacando bien pronto aquel corazón que sólo supo amar á Dios y que tan abundantemente fué regalado con dones y gracias celestiales.

Teniéndolo ya en sus manos, lo miraba y no podía darse cuenta de lo que la pasaba; dudaba si era ella la que sentía tanta dicha. Sobresaltada por el temor de ser descubierta en seguida, procuró huir: puso en dos platos de madera el corazón y corrió á esconderlo en su celda. Inútiles fueron sus precauciones y cuidados: no había reparado que el corazón manaba sangre y por donde pasó las gotas que cayeron dejaron saturado el aire, embalsamado con exquisito aroma. Y aquel suavísimo olor se extendió por el convento, atrayendo á sí á todas las religiosas que deseaban saber la causa del fenómeno...

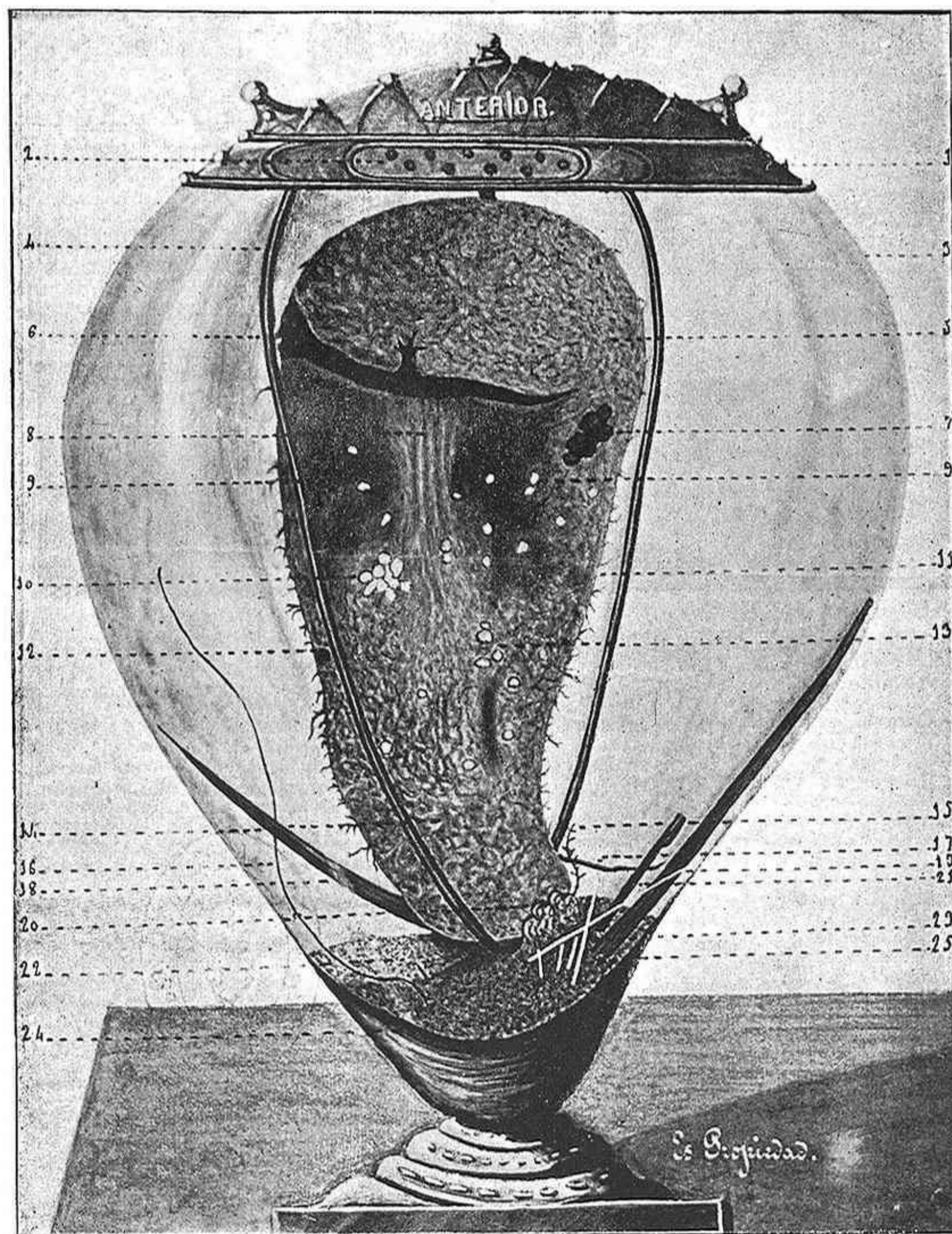
A la inspiración y valor de una humilde hermana de obediencia, debemos, pues, la dicha de poder maravillarnos en la atenta contemplación del corazón de Santa Teresa, hoy al cabo de trescientos años transcurridos desde la muerte de la Santa. Valga especialmente la descripción que vamos á hacer para los devotos y admiradores de la in-

signe mujer, ornamento de la Iglesia y orgullo de Castilla, que no han visto aún ese portento.

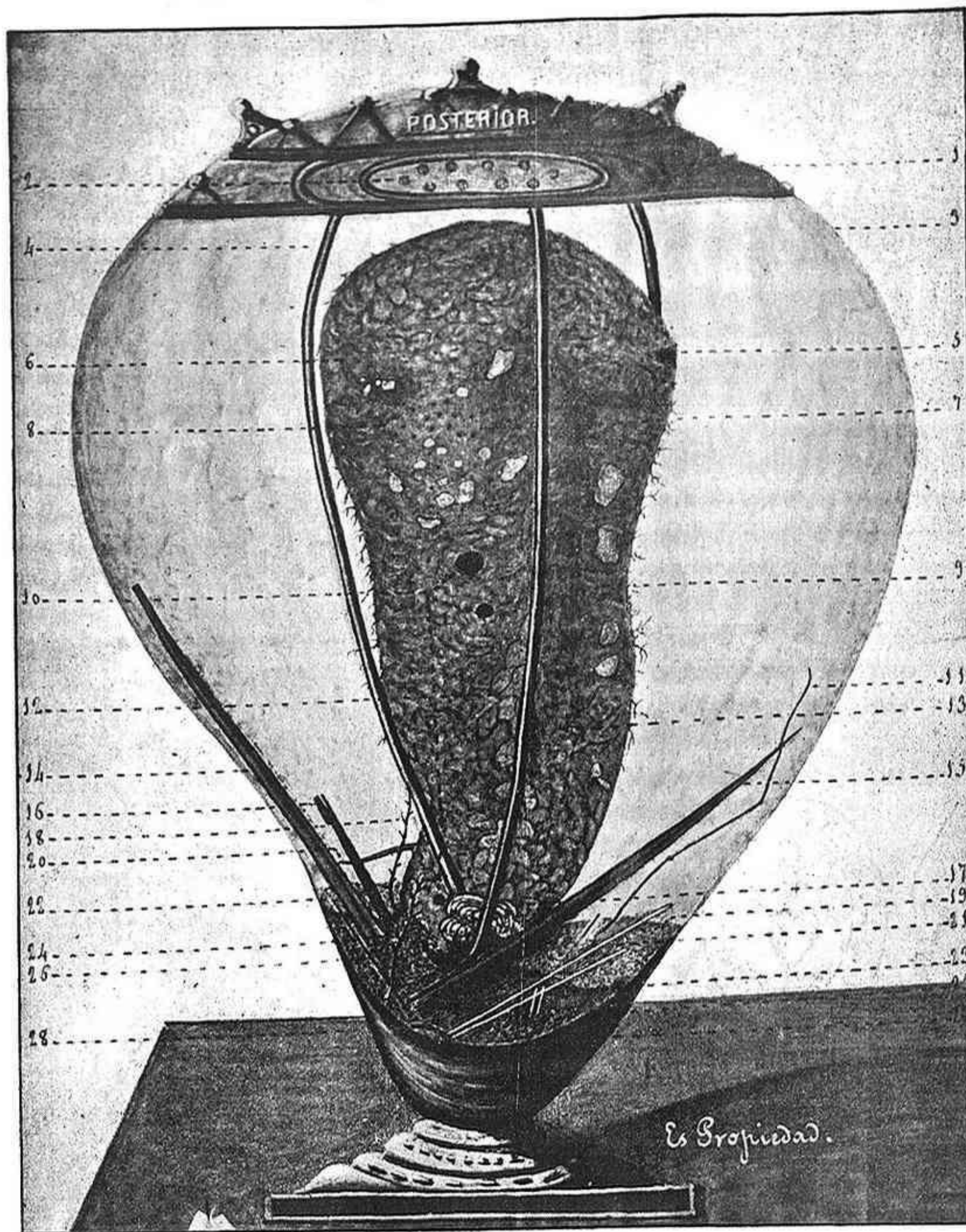
Entrando en la Basílica teresiana de Alba de Tormes, tal cual hoy es, al lado derecho de la Epístola, en el retablo del altar mayor se halla un pequeño relicario; allí está el corazón de Santa Teresa. A la luz de una pequeña linterna es enseñado tan pasmoso prodigio, causando en el alma un no se qué y haciéndonos prometer, siempre, una visita más.

Está sostenido el corazón por tres alambres de plata y preservado del contacto exterior por un fanalito de cristal en forma también de corazón.

El corazón de Santa Teresa es grande, unos



- | | |
|--|--|
| 2. Agujeros respiratorios de la cubierta, que vienen á dar encima del corazón. | 1. Tapa que en forma de corona de oro cubre el corazón hasta la herida. |
| 4. Alambres que sostienen el corazón sujeto á la tapa. | 3. Globo de cristal con polvo esparcido en la cara interior. |
| 6. Herida ó transverberación hecha por el dardo del Serafín. | 5. Corazón de Santa Teresa de Jesús suspendido al aire por los alambres. |
| 8. Ramificación sanguínea. | 7. Semejanza de piedra chi-pa azul amorado. |
| 10. Grupo de granos á manera de piedras blancas como perlitas ó arenillas. | 9. Manchones negros semejantes á los de la hoja del tabaco en rama. |
| 12. Herida pequeña hecha por el Serafín. | 11. Piel ó membrana superficial y rota con apariencia de raíces de yedra. |
| 14. Membrana ó piel que cubre cuasi todo el corazón formando rugosidades muy escabrosas. | 13. Rugosidades con aspecto de piedras, como embutidas en diversos puntos. |
| 16. Apariencia de alambre ó hijuela, y otra punta de lo mismo que va saliendo. | 15. Ramita salida inmediatamente del corazón. |
| 18. Espina grande con punta. | 17. Palo ó tronco que saliendo del corazón crece horizontalmente. |
| 20. Filamentos parecidos á lana ó estambre. | 19. Espina grande obtusa ó sin punta. |
| 22. Depósito de polvo, detritus, ó sedimento. | 21. Espina 3.ª con el remate abierto. |
| 24. Fondo interior del vaso cristalino. | 23. Punto de donde salen las espinas. |
| | 25. Grupo de cinco espinas muy finas. |



2. Agujeros respiratorios de la cubierta, que vienen á dar encima del corazón.
4. Alambres que sostienen el corazón sujeto á la cubierta.
6. Corazón de Santa Teresa de Jesús suspendido al aire por los alambres.
8. Piquetes ó estímulos, hechos probablemente por el Serafín.
10. Heridas hechas por el Serafín.
12. Grupos de rugosidades que á manera de piedras ó callosidades, están esparcidas en la superficie del corazón.
14. Espina grande obtusa ó sin punta.
16. Espina 3.^a con el remate abierto.
18. Ramita salida inmediatamente del corazón.
20. Palo ó tronco que saliendo del corazón crece horizontalmente.
22. Espina 4.^a salida á la extremidad y cerca de la grande con punta.
24. Punto de donde al parecer salen las espinas.
26. Ramita brotando entre el cristal y la extremidad de la espina grande con punta.
28. Segmento negro.
1. Tapa que en forma de corona de oro cubre el corazón hasta la herida.
3. Globo de cristal con polvo esparcido en la cara interior.
5. Extremo derecho de la herida ó transverberación por el Serafín.
7. Cavidad producida al parecer por extracción ó cortadura de un pedazo de corazón.
9. Piel ó membrana rota que, á manera de raicitas de yedra, se ve al rededor de la víscera.
11. Apariencia de alambre ó hijuela y otra punta que va saliendo.
13. Membrana rugosa que envuelve casi todo el corazón.
15. Espina grande con punta, y en su raíz, y saliendo de ella, otra espina horizontal.
17. Filamentos ó recortes como de lana ó estambre.
19. Depósito de polvo, detritus ó sedimento.
21. Dos espinas largas y finas que casi tocan el fondo del vaso.
23. Dos espinas cortas casi paralelas y perpendiculares.
25. Espina corta y negra que de frente se ve como un punto.
27. Fondo del vaso cristalino.

diez centímetros de alto próximamente, y de ancho cuatro centímetros en la parte superior. Casi todo él se ve cubierto por una membrana ó piel arrugada en algunas partes y como rota en otras, presentando en unos puntos filamentos, raíces y piedrecitas. Todo el contorno está formado con filamentos.

En la parte anterior se observan también cuatro manchones negros y uno en la parte posterior y señales de sangre.

Pero una de las cosas que más admiran y cau-

tivan en la Santa Reliquia, es la herida de la transfixión, producida por el dardo del Serafín.

De esto dejó escrito la Santa:

“Veía cabe mí un ángel á mi lado izquierdo, en figura corporal; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho... Veíale en las manos un dardo de oro, largo, y al fin del hierro me parecía tener fuego... Y más de una vez sentía entrar el dardo en su corazón, y al sacarle dice que parecía la llevaba consigo y la dejaba toda abrasada en el amor grande de Dios.

Pues bien: en el corazón se ve clara y distintamente la transverberación del Serafín. Impresiona hondamente en el alma la vista de la herida, que está en la parte superior del corazón, con los bordes abiertos, dejando notar la profundidad de la llaga. Referidos bordes ó labios están negros, quemados, y se extienden en casi todo el ancho anterior de la víscera. La herida, que ofrece más abertura en la parte lateral del corazón, se estrecha hacia el centro y se rasga en el medio de su extensión en forma como de la entrada del dardo.

El dardo atravesó el corazón, y sin embargo la Santa vivió veinte años para atestiguar de la mano de Dios.

Más de una vez, adviértese en las palabras de la Santa, debió sentir la herida del dardo; y así también se observan tres cisuras pequeñas con señales de cauterización.

No se puede dar por concluida la descripción breve que venimos trazando del corazón teresiano, pues hay que hacer aparte para hablar de otro portento que en él se ve, un fenómeno inexplicable por modos naturales, y que viene á ser otra prueba de la mano de Dios en la incorrupción y vida del corazón de Santa Teresa.

El corazón de Santa Teresa tiene un lenguaje: de él brotan espinas.

Si en el primer enterramiento de la Santa se oyeron golpes y después en ocasiones oportunas la Madre ha avisado á sus hijas dejándose oír en

la urna ruidos y hasta como mudarse de posición el cuerpo, se explica bien en el orden de maravillas que en nuestra Santa se observan, el que su corazón tenga espinas.

Con el tiempo ha venido depositando en el fondo del vaso de cristal que encierra el corazón cierto polvillo ó sedimento desigual en la superficie que presenta. De este polvo parecen salir las espinas, aun cuando hay datos para asegurar que parten del corazón. Las religiosas que descubrieron las dos primeras, dicen no existía en el vaso más que un ligero velo como si estuviese empañado, sin que se notase el sedimento hasta bastante tiempo después. Otras pruebas se han hecho, como el mover el vaso, y las espinas ni se inclinan ni separan.

Las que hoy se cuentan son quince. Las dos mayores empezaron á ser vistas el año 1836 por una religiosa llamada sor Paula de Jesús, precisamente en época de trastornos y de peligros para la Iglesia.

La tercera se dejó ver el día 27 de Agosto del año 1864, celebrándose la fiesta de la Transverberación.

Posteriormente se han ido descubriendo las demás. En 1875 observó un sacerdote de la Congregación de la Misión, un grupo de cinco espinas delgadas. Y de este grupo es digno de referirse que teniendo el corazón en sus manos el dicho sacerdote cuando hacía la observación, sintió cinco golpecitos dados en el vaso de cristal. De ello ha dado público testimonio.

De otra vez, en el mismo año, el mismo misionero fué testigo de la aparición de otro grupo de cinco espinas, y de nuevo escuchó los cinco golpecitos, aumentados con un sexto golpe que citado señor recibió como despedida de la Santa cuando, dando por terminado el estudio que venía haciendo, fué á colocar el venerado corazón en su relicario.

Tales son los misterios inexplicados con que se ofrece á nuestra vista el corazón transverberado de Santa Teresa de Jesús, agrandándose así el prodigio de su conservación con notas y señales de vida.

M. D.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
 ¡Qué duros estos destierros!
 ¡Esta cárcel y estos hierros
 En que el alma está metida!
 Sólo esperar la salida
 Me causa un dolor tan fiero,
 Que muero porque no muero.
 ¡Ah, qué vida tan amarga
 Do no se goza el Señor!
 Y si es dulce el amor,
 No lo es la esperanza larga;
 Quítame Dios esta carga,
 Más pesada que de acero,
 Que muero porque no muero.

ACOGIDA DEL PROYECTO

DE LA

BASÍLICA TERESIANA



CÓGESE el pensamiento de erigir una Basílica á Santa Teresa de Jesús, en el lugar donde descansan su cuerpo incorrupto y corazón transverberado, como lo más natural y justo, lo que debiera haberse realizado hace largo tiempo, y para lo cual nadie rehusa su piedrecita. Nos hemos hallado con devotos que desde el fondo de su alma se dolían de que no se alzara la voz y se anunciara antes el proyecto, ya por los Prelados de Salamanca, ya por los hijos de Teresa, ó los moradores de Alba de Tormes. La acogida del pueblo cristiano no puede ser más entusiasta. Una vez un sacerdote, otras un religioso, muchas, las madres de familia, en todos los lugares nos atajan proclamando mercedes y devociones de Santa Teresa de Jesús, convirtiéndose en panegiristas de sus virtudes y valimiento, y ofreciéndose á trabajar sin descanso en favor de la apetecida Basílica.

Madrid primero, escuchándonos en la parroquial de San José, las Academias de San Fernando y de la Lengua en la misma corte; Barcelona después congregando miles de caballeros en su hermosa Catedral, como á las Teresianas de Cataluña y Valencia en Monserrat, Santiago de Compostela, la Coruña, Burgos, puntos donde hasta ahora hemos podido hacer resonar nuestra modesta voz, encareciendo la conveniencia de dar cima á nuestro piadoso propósito, todos, por aclamación unánime y vigorosa del pueblo, han respondido al llamamiento, prometiendo organizarse y recoger de esa manera la insensible limosna de todas las fortunas, para formar el gran caudal, suma del plebiscito católico, que vitoree y corone á la Doctora Mística, la insigne Reformadora del Carmelo.

Persona que nos es muy estimada y afecta, hallábase poseída del asombro ante el proyecto manifestado, y, por tanto, dominada de relativo desmayo; pero le acaeció oír la plática en la iglesia de San José de Madrid, desenvolviendo motivos y consideraciones que facilitaban el designio, y casi inmediatamente nos decía animadísima por teléfono: mil plácemes, Sr. Obispo, no sólo por la plática, sino por la Basílica; no dudo ya que se levantará.

Toda España será igual, y mil testimonios nos aseguran que el nombre de Teresa en todas las naciones católicas aparece orlado con la aureola

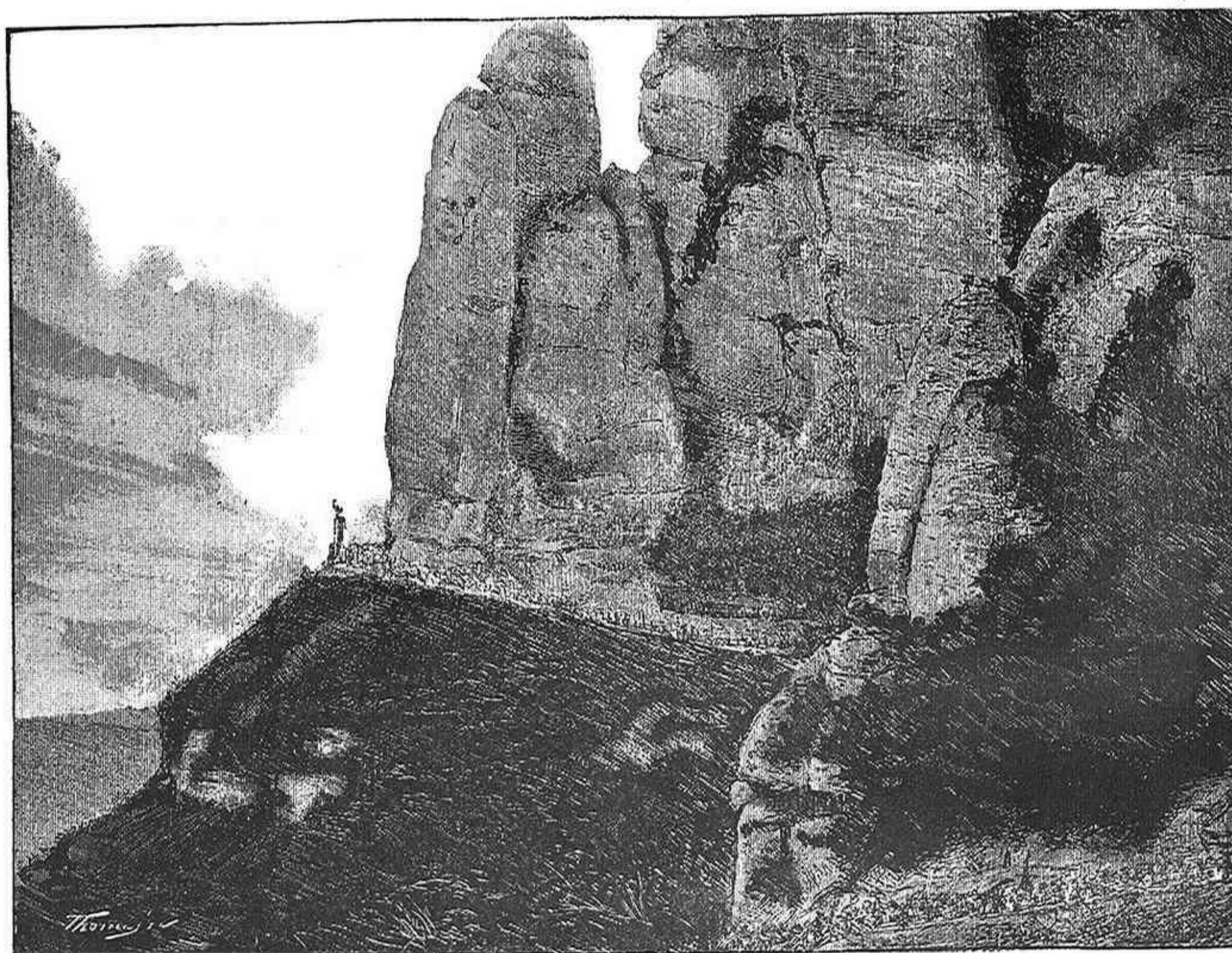
de la veneración calurosa, blanco de amores profundos y estímulo de generosos desprendimientos.

¡A qué no se prestarán los innumerables cofrades del Carmen! No creemos padecer una ilusión al abrigar firmísima esperanza de superar grandes dificultades, nada menos que la inmensa de no contar con *blanca*, y acariciar esa idea y proyecto grandioso. Aún no ha habido tiempo de acumular los donativos exiguos, nadie tampoco nos ha ofrecido recursos numerosos, y por sólo la demostración de los corazones, cábenos saludar en esperanza el fruto cierto. Alba de Tormes, no muy ardorosa de temperamento, como toda Castilla, hace lo que intitula supremo esfuerzo; la orden Carmelitana dedica á su Madre el óbolo de su extremada pobreza; mi Cabildo, mis Sacerdotes, Salamanca no me abandonará, y es cosa de pensar, por consi-

guiente, en señalar día para la colocación de la primera piedra. No se tardará en ello. Acaso, solamente, lo que media de una á otra fiesta teresiana. Y fijada la primera piedra, en nombre de Dios Todopoderoso y para gloria de la Virgen del Carmen, de San José y Santa Teresa, convido á todas las almas Teresianas á contemplar admiradas cómo suben y crecen los muros de la gran Basílica, sus pináculos y torres hasta el cielo, hasta el cielo, como la plegaria sublime de la Virgen escritora de *Las Moradas*, y Madre del Carmelo restaurado y florido, autora del libro y la obra maravillosa de *Las Fundaciones*.

† FR. TOMÁS, Obispo de Salamanca.

Alba de Tormes, al pié del Corazón de la Santa, y momento de entrar en ejercicios espirituales: 18 de Agosto de 1897.



MONSERRAT

(Recuerdo de la última peregrinación teresiana)

EL CAMINO DE ALBA



A patria es, en cierto concepto, el lugar de nuestros anhelos, ha dicho un escritor filósofo.

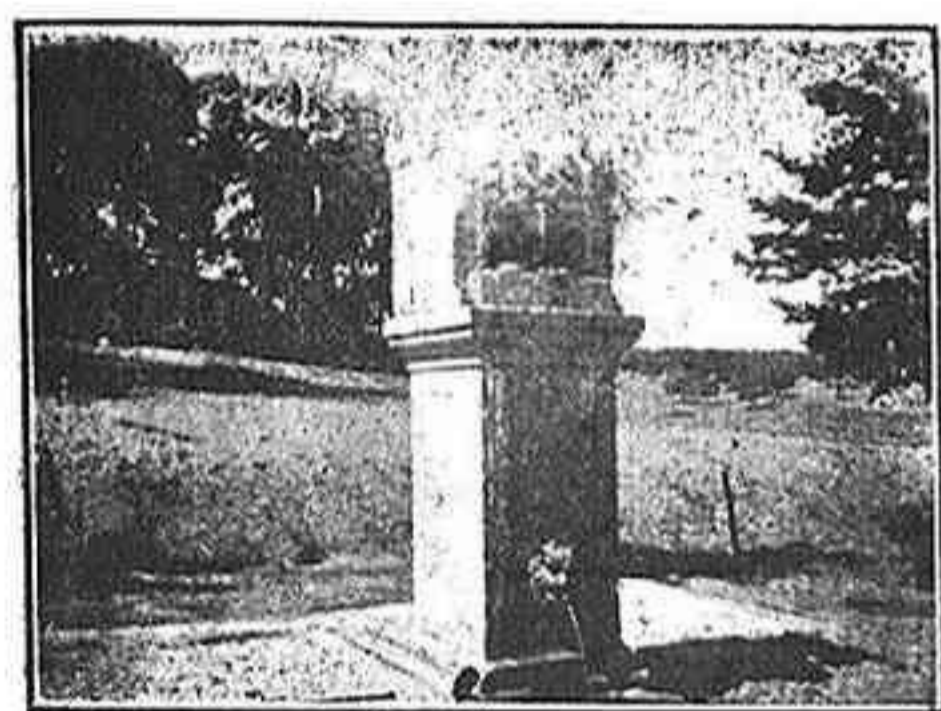
Camino, pues, de la patria iba Santa Teresa, cuando con paso trabajoso y lento, abatiendo el cuerpo por los años y la enfermedad, se acercaba á la desde entonces venturosa villa de Alba de Tormes.

Camino de la patria, patria de nuestros deseos, vamos también nosotros al recorrer, con especial atractivo, con creciente interés, la distancia que se interpone entre los vuelos del alma prisionera, distancia siempre larga, aunque se cruce en la veloz carrera de los trenes.

En tiempo de la Santa unía Salamanca y Alba la antiquísima vía romana, visible todavía, la calzada de la plata, prolijamente descrita en documentos de la Academia de la Historia. No lejos de

Alba se conserva aún, con todo su enlosado de piedra un buen trozo de esa calzada; viene paralelamente á la actual carretera, á muy pocos metros de distancia. Tiene seis metros de ancho; ha desaparecido la corteza de arena que cubría las capas de guijo y la argamasa, y por esto se ven al descubierto las piedras irregulares que, unidas por tonga de ripio, formaban el cimiento de los caminos de construcción romana.

Tendido el camino en línea recta, tiene á sus extremos los dos magníficos puentes romanos que en Alba y Salamanca saltan el Tormes, río no muy



FUENTE LLAMADA DE LA SANTA

caudaloso, pero que detiene sus aguas en ancho y sereno remanso al llegar á los históricos pueblos para retratar el torreón del castillo de los Duques ó las altas torres salmantinas, y aun

bañar los cimientos del romanesco castillo del Carpio.

Hacia Santa Teresa estación de descanso en Arapiles, donde á su devoción hay dedicada una capillita, y en Calvarrasa, donde con más ó menos fundamento, se señala hasta la habitación que le sirvió de amparo.

Hay en la casa rectoral de este último pueblo un retrato que representa á la Santa en la humilde ocupación de barrer el suelo.

Siguiendo el camino y habiendo pasado ya el pueblo y la Maza, encuéntrase el monte de los Perales, donde aún existe la fuente que una tradición respetable señala como el lugar de refrigerio y reposo de la bendita Santa y sus monjas, y más aún cuando habiendo perdido el camino, encontráronse las pobres carmelitas solas en medio del monte.

Una sencilla columna de piedra, de donde el agua brota, y una pequeña cerca formando en su derredor el marco, dibujan hoy un cuadro humilde, pero sobre el cual destella la devoción y el recuerdo, un aluz y un color que embellecen sobremanera aquel pequeño oasis

sombreado por los árboles del monte, y cuya gracia y encanto no basta á disminuir el mal gusto que ha colocado sobre la fuente una especie de hornacina de ladrillo, que no hay más que pedir.

El viajero que por laudable devoción, hace todavía su marcha por la carretera de Alba, va saboreando estos re-

cuerdos, y aún á falta de esas noticias que busca el alma, si es hombre culto, irá repitiendo las delicadas frases, llenas de castellana sencillez y de gracia

elegante, en que describe la Santa sus viajes, valerosamente emprendidos, sin más objeto ni otro fin que la gloria de Dios Nuestro Señor.



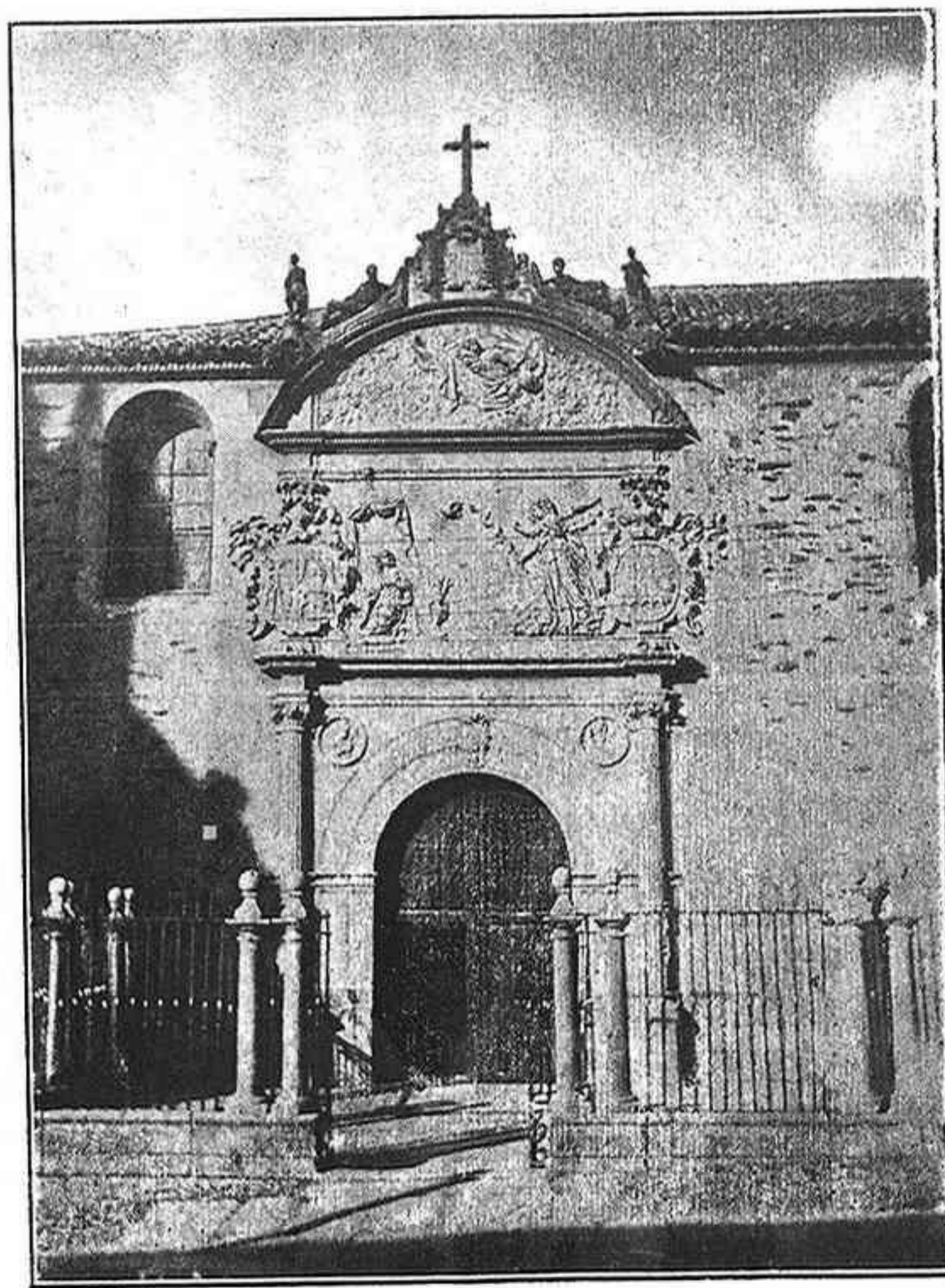
VISTA DE ALBA DE TORMES.—CASTILLO

*
**

Entre Alba y Salamanca están tendidos hoy los railes del camino de hierro, y en un tiempo relativamente breve, el viajero, llevado en volandas por la rápida marcha del tren, ve desfilar montes, y llanos, y pueblos; cruza precisamente entre los cerros de los Arapiles y vienen á su memoria los combates gloriosos de la independencia española, y poco allá, á la izquierda, aparece en un fondo obscuro el solitario torreón del castillo, sombra de la nobleza que pasó, las torres de las iglesias de

Alba, el desigual conjunto de las casas, el brillante espejo del Tormes, la línea larga del puente romano... y el viajero se pregunta: ¿dónde está aquí el gran templo de Santa Teresa, grande y solemne como su santo nombre, bello y magnífico, espléndido y gracioso, como elevado en honor piadoso de la bendita santa castellana?

M. D. B.



ALBA DE TORMES.—IGLESIA DE MM. CARMELITAS

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Si no es perderte á tí
Para mejor gozarle á Él?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.



EL "YO," DE SANTA TERESA DE JESÚS

PARÁFRASIS Á LA EXCLAMACIÓN XVII DE LA SANTA

"Muera ya este yo, y viva en mi otro,
Que es más que yo, y para mí
Mejor que yo,
Para que yo le pueda servir."

PARECERÁ en las columnas del preclaro LÁBARO alguna lección sobre el Yo de la Novísima Filosofía?—se preguntará el lector benévolo.—¿De ese Yo, á quien adora, enaltece, glorifica y eleva á la *apoteosis* tan ilustre y respetable señora? No; pues, relegada á eterno olvido deidad tan fantasmagórica, someteremos á ligero examen el realísimo Yo de la gran Reformadora del Carmelo. Que si bien "no es luz de la razón humana (escribe el Angel de las Escuelas) conocer los sentimientos, que de la voluntad criada, en cuanto tal, brotan," lo "es (añade el Santo) considerados, según que de la Verdad primera dependen." Y, sin duda, la Mística Doctora recibió muy de cerca los hermosos resplandores del Sol divino, y bebió á torrentes del suavísimo néctar, que mana del Oceano inmenso. Lo cual, fácil es observar en su áurea "Exclamación XVII del alma á Dios," pues en ella resplandece hermosísima la llama del divino fuego, que ardía en nuestra Virgen, luce á su vez, y reverbera, como en claro espejo, su angelical sabiduría; ¡que no menos debía esperarse de alma enamoradísima del Señor!

Tres momentos ó estados distingue en la voluntad la inclita Doctora de la Iglesia. Verificase el primero cuando elevamos al cielo plegarias y pedimos *cosas ordenadas por nuestro deseo*. De tal disposición afirma que es peligrosa. Porque es la humana ciencia limitada, "miserable la sabiduría de los mortales é incierta su providencia." De lo cual, originase que, yendo el hombre en *pos* de objetos dulces, al parecer, y saludables, colócase á veces triste y errante junto al borde del precipicio, vaga por los campos de la amargura, gime, se desvive, muere. Y esto sin contar la poderosa fuerza del apetito, quien *pro aris et focis* mueve, inclina, desquicia, arrastra á la inteligencia, como en versos lo cantó un sabio, diciendo: "*Video meliora, proboque. Deteriora autem sequor*." Por consiguiente, "¿para qué, Señor, quiero cansarme en pedir cosa ordenada por mi deseo?... En esto que mi alma espera salir con ventaja, por ventura estará mi pérdida." Para evitar tamaños peligros, "no, mi Dios, no, no más confianza en cosa que yo pueda querer; querer Vos de mí lo que quisiéredes querer."

Tan pronta voluntad lleva consigo un sacrificio elevado al heroísmo. ¿Quién, á la verdad, se desprenderá del libre albedrío, ornato del hombre, esplendor del ángel, atributo del Excelso? ¿Cómo privarse de aquel dón, por quien individuos, pueblos, ciudades, provincias, reinos, el mundo entero, cual entre cadenas el león, forcejean? Mas ¿qué importa á nuestra Santa? "Quien á Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta." Y así, mirando con serenidad al Paraíso.... "¡Muera ya este Yo!" exclama: ¡Sublime y elegante epifonema, singular heroísmo, centella de amor sin igual, síntesis de pura y elevadísima Teología! ¿Quién, humanamente hablando, muere sino el que vive, y vive sino el que muere?

Finaliza en este punto el Yo negativo primero de Santa Teresa, y empieza, naturalmente, el segundo, formulado en los siguientes términos: "y viva en mi *otro* que es más que Yo." Ese otro ¿quién es? El Sér divino, cuya vivificadora asistencia anhela nuestra heroína. Circúndale amor extremado y con el Apóstol clama: "vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo." Y en esta espiritual comunicación ríe y llora, gózase y sufre, vive y muere, canta, alaba al divino Esposo, produce;

llena de esperanza, frutos de bendición, como arbolillo plantado al pié de fluvial corriente. Y la muerte del Yo ¿cómo se realiza? Para inteligencia de ello es de saber que reina Dios en las almas justas, como en hermosa y límpida habitación suya, dorada y exclarecida por la celestial gracia. Esta es "participación (enseña el Angélico) de la naturaleza divina," "esto es (según el V. Gr.) de la santidad, bondad, pureza y nobleza del mismo Dios." Cuando la gracia crece en el hombre y llega, por decirlo así, á divinizarlo, de suerte que nuestras acciones se conciben más bien procediendo de la divina virtud que de las humanas potencias, realizase, al instante, la muerte del primer Yo, sustituido por "otro que es más que (el) Yo," y es vida, consuelo, gloria del sér limitado.

Este es, y aquí ve su fin, el segundo período de la voluntad, el Yo inactivo del hombre, pero vivificado por *otro* que inspira, prepara, dirige, produce, digámoslo así, nuestras acciones.

De tal estado, aunque altísimo, posible es al libre albedrío separarse. La cual idea aflige á la Santa y le arranca ayes de profunda aflicción: "¡Ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida mortal, siempre corre peligro la eterna!" Suspira, á consecuencia, por verse ahogada "en aquel mar infinito de la suma verdad." La visión beatífica, estado constante del Yo, tercero y último, que en la voluntad distingue la gran Santa y mística Doctora en su "Exclamación XVII del alma á Dios," altísima aspiración, compendio de magníficos conceptos, amena y dulce escritura, digna de ser impresa con caracteres de oro.

¿Qué es, pues, el Yo de Santa Teresa? Un Yo espiritualísimo, angélico, divinizado, distinto del cacareado por la novísima filosofía, y para esta señora incomprensible, muerte del vicio, raíz de las virtudes, suspiro del alma, que anhela cubrirse de inmortalidad gloriosa en los divinos Tabernáculos, y ser arrebolada y hermoçada por los esplendores de la Esencia increada. ¡Qué lecciones tan buenas para la sociedad del día, para panteístas, racionalistas y librepensadores! Predíquese el Yo de la "Estrella Abulense," en el mundo, y el mundo despertará, será iluminado, romperá los vínculos que le aprisionan. De seguro, cada hombre exclamaría: "Muera ya este yo, y viva en mi otro, que es más que yo..."

FR. GUILLERMO GARCÍA, O. P.

Convento de San Esteban, Agosto 1897.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer.
La mayor que nunca vi:
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor.
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.



1515.—Nace en Ávila Santa Teresa, 28 de Marzo.

1522.—Sale de su casa en busca del martirio.

1527.—Muere su madre y pide a María Santísima que la tome por hija.

1531.—Llévala su padre a las Agustinas de Santa María de Gracia, en Avila, en donde estuvo hasta el otoño de 1532.

1533.—Entra monja en el convento de la Encarnación en 2 de Noviembre.

1534.—Profesa el día 3 de Noviembre.

1535.—Enferma y para curarse va a Castellanos de la Cañada. Permanece allí hasta la primavera de 1536 en que pasa a Becedas.

1537.—Vuelve a Avila el Domingo de Ramos; en el mes de Julio enferma y queda paralítica por más de dos años, hasta que en 1539 recobra la salud, encomendándose a San José.

1542.—Se le aparece Nuestro Señor Jesucristo.

1556.—Principia a sentir grandes mercedes espirituales.

1557.—Viene a Avila San Francisco de Borja y aprueba su espíritu.

1558.—Visión del infierno.

1559.—Transverberación del corazón.

1560.—Proyecto de reforma de la Orden del Carmen.

1561.—Viene de Alba de Tormes su hermana D.^a Juana para ayudarle a la fundación del convento de San José. Resucita a su sobrino D. Gonzalo. Empieza a escribir su vida.

1562.—Marcha a Toledo, donde acaba de escribir su vida. Bula de Pío IV para la erección del convento de San José. Ábrese el convento el 24 de Agosto, donde vivió hasta cuatro años.

1567.—El rey Felipe II le encomienda que ruegue por la prosperidad del reino. Funda en Medina del Campo un convento.

1568.—Fundación de Toledo y de Valladolid el día de la Asunción. Fundación de Pastrana.

1570.—El P. Gutiérrez, Rector de la Compañía en Salamanca, le propone fundar allí. Ve milagrosamente el martirio del P. Acebedo y otros cuarenta jesuitas asesinados por el pirata protestante Jacques Soria. Llega a Salamanca víspera de Todos los Santos. Se funda en Alcalá el tercer convento de Descalzos, y en Salamanca el séptimo de Descalzas.

1571.—Fundación del convento de Alba de Tormes el 25 de Enero. Vuelve a Salamanca, donde estaba a fin de Marzo. Permanece algún tiempo en el palacio de Monterrey, de Salamanca; pasa a Avila, donde fué Priora del primer convento de la Encarnación durante tres años.

1572.—Éxtasis en el locutorio.

1573.—Llega a Salamanca en Julio. El P. Ripalda le manda escribir el libro de las Fundaciones.

1574.—Va a Alba, donde está hasta el 8 de Febrero. Funda en Segovia el día de San José.

1575.—Fundación de Sevilla, día de la Santísima Trinidad. Profetiza las virtudes del Beato Juan Bautista de la Concepción.

1577.—Escribe la curiosa carta *del Vejamen* sobre un asunto espiritual.

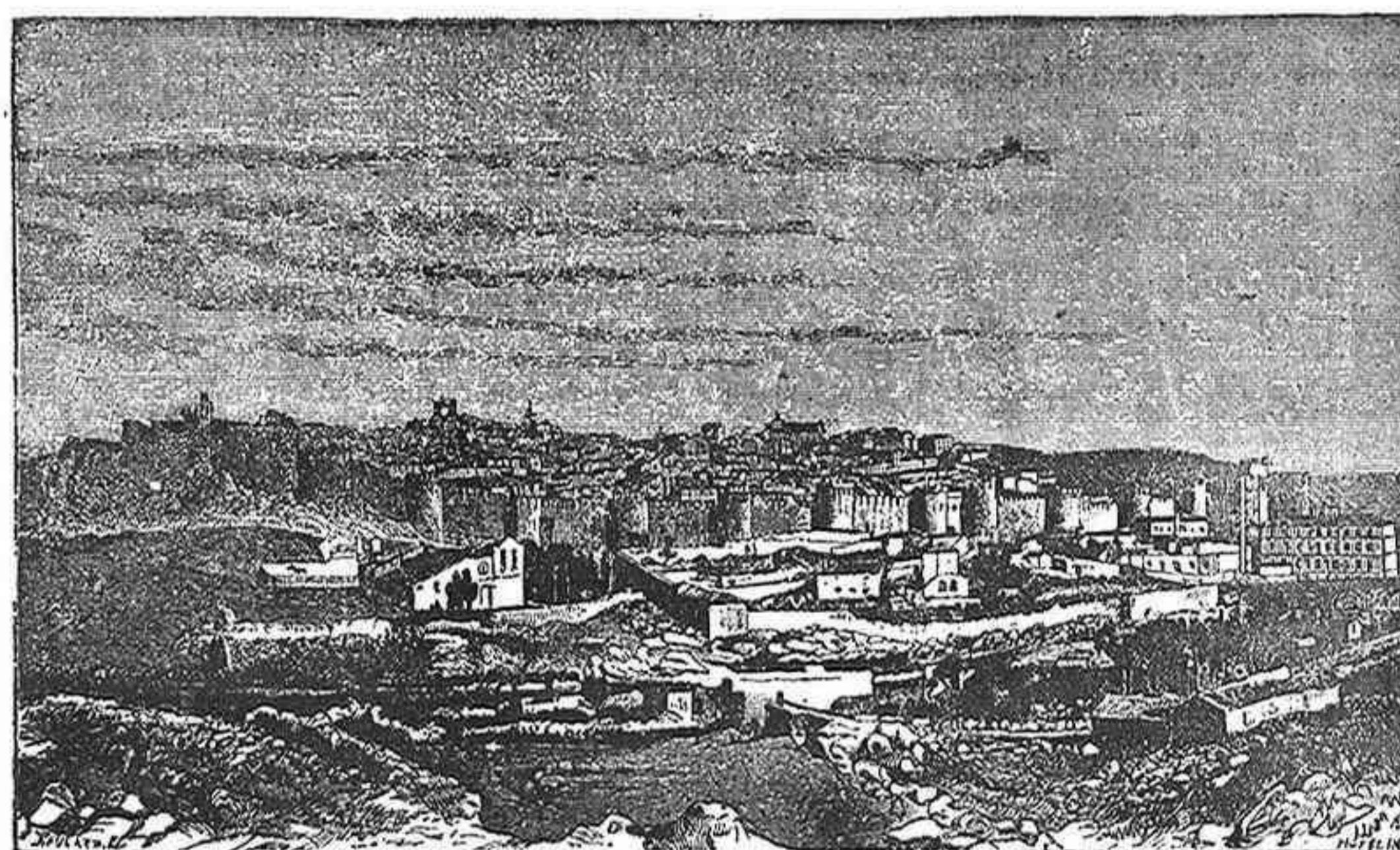
1578.—Este año fué el en que pasó Santa Teresa más amarguras y persecuciones, pues, como decía en una carta, "le hacían guerra todos los demonios".

1580.—Fundación de Villanueva de Jara, 13. Enferma gravemente en Valladolid. Fundación de Palencia.

1581.—4 de Marzo fundación de Descalzos en Valladolid y 1.º de Junio en Salamanca.

1582.—Fundación de Burgos, viaje penoso y estancia triste en Burgos. Llega a Medina en 16 de Septiembre. La Priora no le dispensa el debido cariño. Sálese del convento sin comer, desfallecida de enfermedad, cansancio y hambre; al día siguiente está a punto de morir en el camino por no hallar que comer en Peñaranda. Llega a Alba de Tormes el día 20 a las seis de la tarde, medio muerta; esfuérsase al día siguiente para bajar a la iglesia a comulgar; vuelve a la cama para no levantarse más. Recibido el Viático y confesada por Fr. Antonio de Jesús, muere el 15 de Octubre, a los sesenta y siete años y medio, en brazos de su compañera Ana de Jesús.

1583.—Desentiérrase para poner el bendito cuerpo en lugar mejor.



ÁVILA

1585.—Es trasladado a Avila, dejando el corazón y el brazo en Alba.

1586.—1.º de Enero: se hace el reconocimiento público de la incorrupción del cuerpo de la Santa.

1587.—Califica Fr. Luis de Leon las obras de Santa Teresa, y las hace imprimir en Salamanca al año siguiente.

1589.—Manda Sixto V que el cuerpo continúe en Alba, a pesar de las gestiones de Avila.

1591.—Visítalo el Obispo de Salamanca.

1595.—Hácese las informaciones de su vida, virtud y milagros.

1596.—Elévase el sepulcro.

1606.—Ábrese el sepulcro. Hácese el proceso de beatificación.

1614.—24 Abril: beatificación.

1616.—Colócase el cuerpo en la Capilla nueva.

1622.—12 Marzo: canonización de Santa Teresa de Jesús.

1750.—Ábrese el sepulcro, y diez años después se coloca el cuerpo, incorrupto, en una caja de plata y en el altar mayor, donde está actualmente.

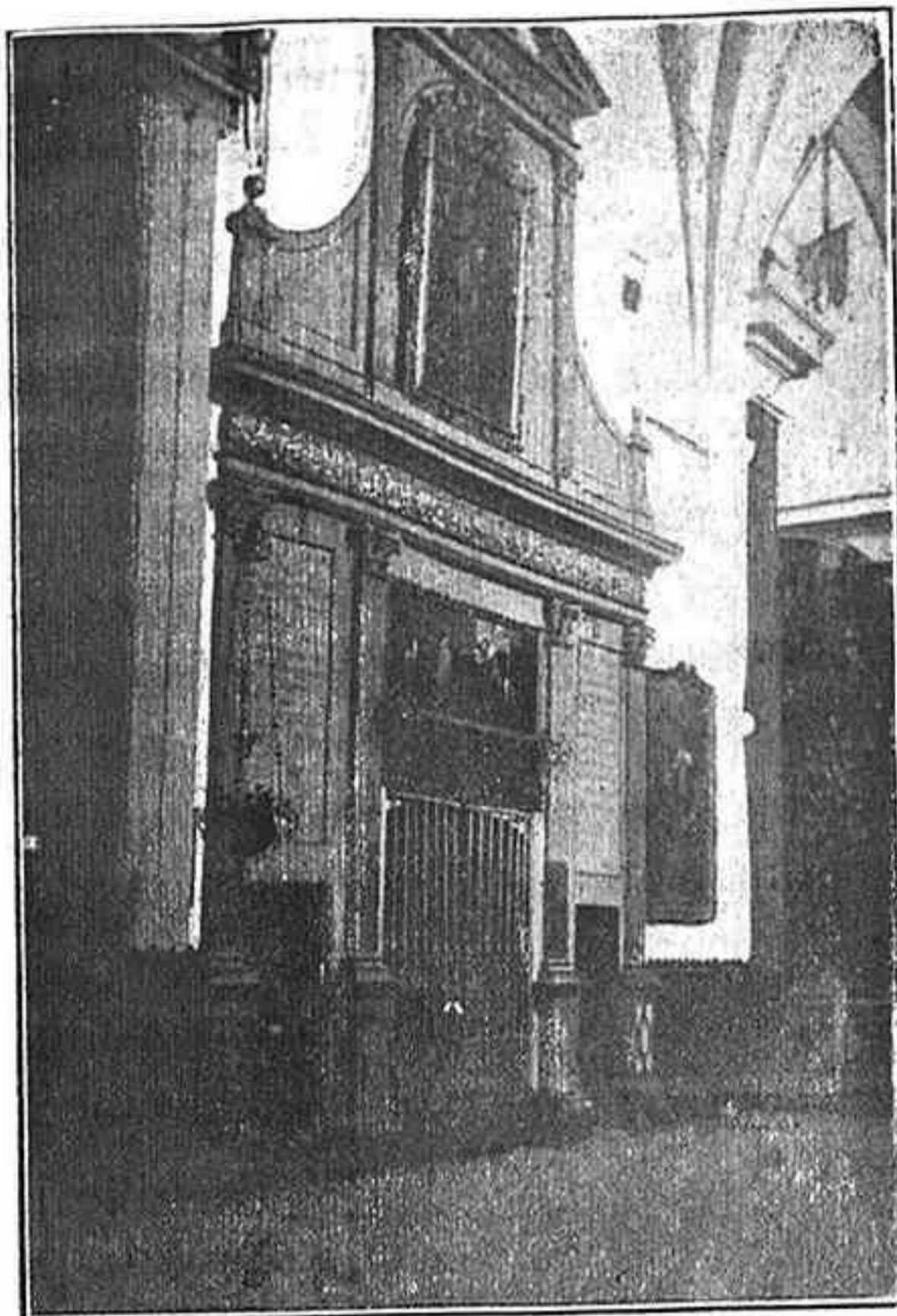
(De una obra de D. Vicente de la Fuente).

Dame consuelo oír el reloj, porque me parece me llevo un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida.—(Vida, cap. 5.º, 4).

NUESTRO ÓBOLO

LA Basílica de Santa Teresa de Jesús! Unido así el nombre simpático y amable de la Santa grande, de la Santa de corazón amplísimo y endiosado, que habla siempre con encanto para el alma cristiana y española, unido el nombre de Teresa de Jesús á un proyecto para honrar su memoria y agrandar su culto..... ¡ah! la Basílica de Santa Teresa es un emblema de nuestros entusiasmos, es una cifra de sabroso decir que nos lleva consigo y nos cautiva.

Y la Basílica de Santa Teresa es el proyecto acariciado, el anhelo constante del Excmo. Sr. Obispo de Salamanca; ¿y cómo no? El que ha levantado con pasmo para todos en tiem-



PRIMERA SEPULTURA DE SANTA TERESA

po de escasez y de miseria una iglesia y una torre al Angel pacificador de Salamanca, ha de ser también quien aliente con su celo y generosa actividad esta otra obra magnífica, levantando un suntuoso templo que diga con su hermosura y grandiosidad: aquí vive y se siente, aquí está Teresa de Jesús.

¿Cómo cooperar á este empeño del Prelado diocesano, siendo tan notorias nuestra insuficiencia y pequeñez, dando, al propio tiempo, cumplimiento y satisfacción á los impulsos del alma?

Hemos pedido, en nombre de Santa Teresa, trabajos para este extraordinario, y el nombre de la Santa ha traído esas firmas que avaloran el pobre obsequio de nuestra buena voluntad.

La Santa les pague con su bienhechora asistencia, ya que de nuestra parte vaya sólo el testimonio de la gratitud más sincera.

La bendición Apostólica

Ajustado ya nuestro número, hemos sido honrados con la siguiente carta del Emmo. Sr. Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de Su Santidad, en la que nos comunica habernos otorgado el Santo Padre su bendición Apostólica, la que recibimos agradecidos con toda veneración y humildad:

ILLMO. SIGNORE

Ebbi regolarmente il foglio di V. S. in data 25 dello scorso mese di Luglio, e non si è omesso di riferirne il contenuto al Santo Padre, il quale ha appreso con particolare compiacenza lo zelo che Ella pone nel secundare per mezzo di codesto periodico EL LÁBARO i disegni del proprio Prelato in ciò specialmente, che riguarda la Basilica monumentale da innalzarsi in Alba de Tormes in onore di S. Teresa. Quindi la Santità Sua ha di gran cuore impartita l'Apostolica benedizione da Lei implorata.

Mentre con molto piacere la rendo di ciò intesa, godo confermarle i sensi della mia distinta stima con cui sono

Di V. S. Illmo.

Affmo per servirla

M. Card. Rampolla

Roma, 20 Agosto 1897.

Sig. D. Martino Dominguez Berrueta, Salamanca.

SR. D. MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

A su debido tiempo recibí la carta de V. S. de fecha 25 del pasado mes de Julio, y de su contenido dí cuenta inmediatamente al Santo Padre, el cual ha visto con particular complacencia el celo que V. S. pone, al secundar, por medio del periódico EL LÁBARO, los propósitos de su Prelado en lo que se refiere especialmente á la monumental Basílica que se ha de erigir en Alba de Tormes en honor de Santa Teresa.

Por tanto, Su Santidad le ha concedido de todo corazón la implorada bendición Apostólica.

Mientras que con sumo gusto se lo participo, me complazco en confirmarle mis sentimientos de exquisita estimación con que soy

De V. S. afectísimo servidor

M. Card. Rampolla

Roma 20 de Agosto de 1897.

Imp. de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez.



PRECIO: UNA PESETA

Los productos de este número se destinarán á la subscripción para las obras de la
BASÍLICA TERESIANA en Alba de Tormes.